

23250

23005

Dramatizaciones Infantiles

— por —

DONACION

María del Rosario Ulloa Zamora

Diciembre de 1924



51

Para los niños de Costa Rica

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

Imprenta Nacional
San José, Costa Rica
1925



1/2 X 209

1032

LIBRARY OF THE
BOSTON PUBLIC LIBRARY

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

SAN JOSÉ, COSTA RICA

(Particular)

19 de setiembre de 1924

Señorita

María del Rosario Ulloa

Muy estimada señorita:

He vuelto a leer, con singular atención, sus obritas dramáticas infantiles.

Me ha proporcionado Ud. un verdadero deleite con esta lectura.

Creo que hay poco en castellano que realmente merezca el calificativo de literario, de artístico, en esta clase de composiciones.

Ud. acierta siempre. Tiene el dón del diálogo; adecuado siempre, siempre animado, que caracteriza al momento a cada personaje.

Conozco algunas piecitas de autores extranjeros, pero ¿quiere Ud. creer que todas las he hallado frías, amaneradas, destituidas de la espontaneidad y frescura que requieren para que puedan gustar e interesar a los niños?

En cambio, en las piecitas suyas encuentro tal sencillez, tal naturalidad y tanto corazón, que no puedo concebir que no deleiten a los chiquillos (y a los grandes, si saben sentir), y les hagan anhelar el tomar parte en la representación.

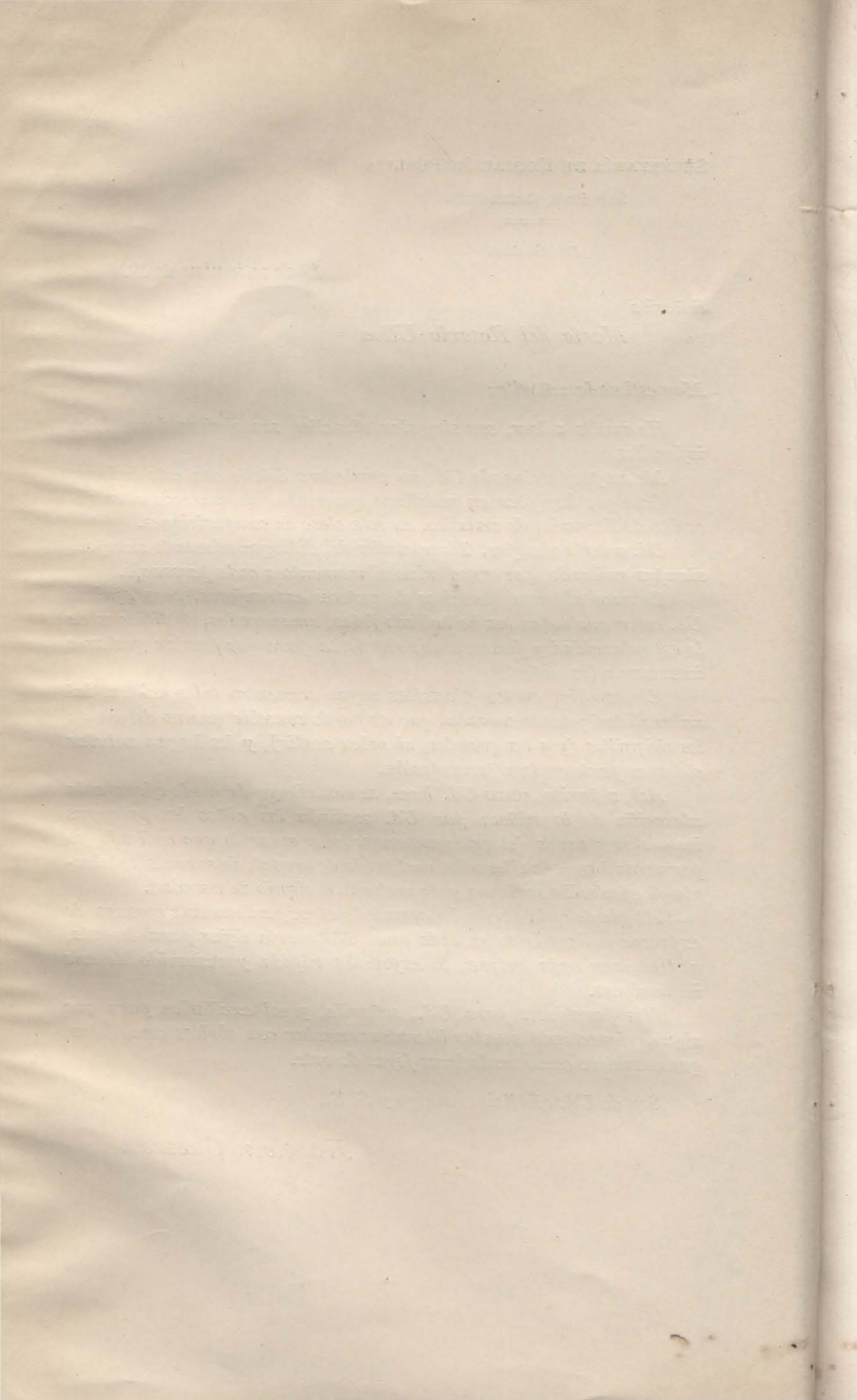
Así, señorita, como Ud. hace, se contribuye de modo eficaz a la educación de la niñez; por Ud. sentirán los niños las primeras impresiones sanas del arte; comenzarán a amar lo que entiendo yo por verdadero arte literario, destituido de oropel, de sonante palabrería de afectación malsana y de malsano designio de novedad.

Al pie de cada obrita he apuntado algo; perdone esta manera de expresar mi sentir sobre cada una. No quería dejar para después, al terminar cada lectura, la expresión rápida y resumida de mis impresiones.

Mis parabienes para Ud., señorita, y mi excitativa para que siga enriqueciendo nuestra literatura escolar con obritas como éstas, que considero como verdaderas joyas de arte.

Soy de Ud. afectísimo amigo y S. S.,

Napoleón Quesada



PROLOGO

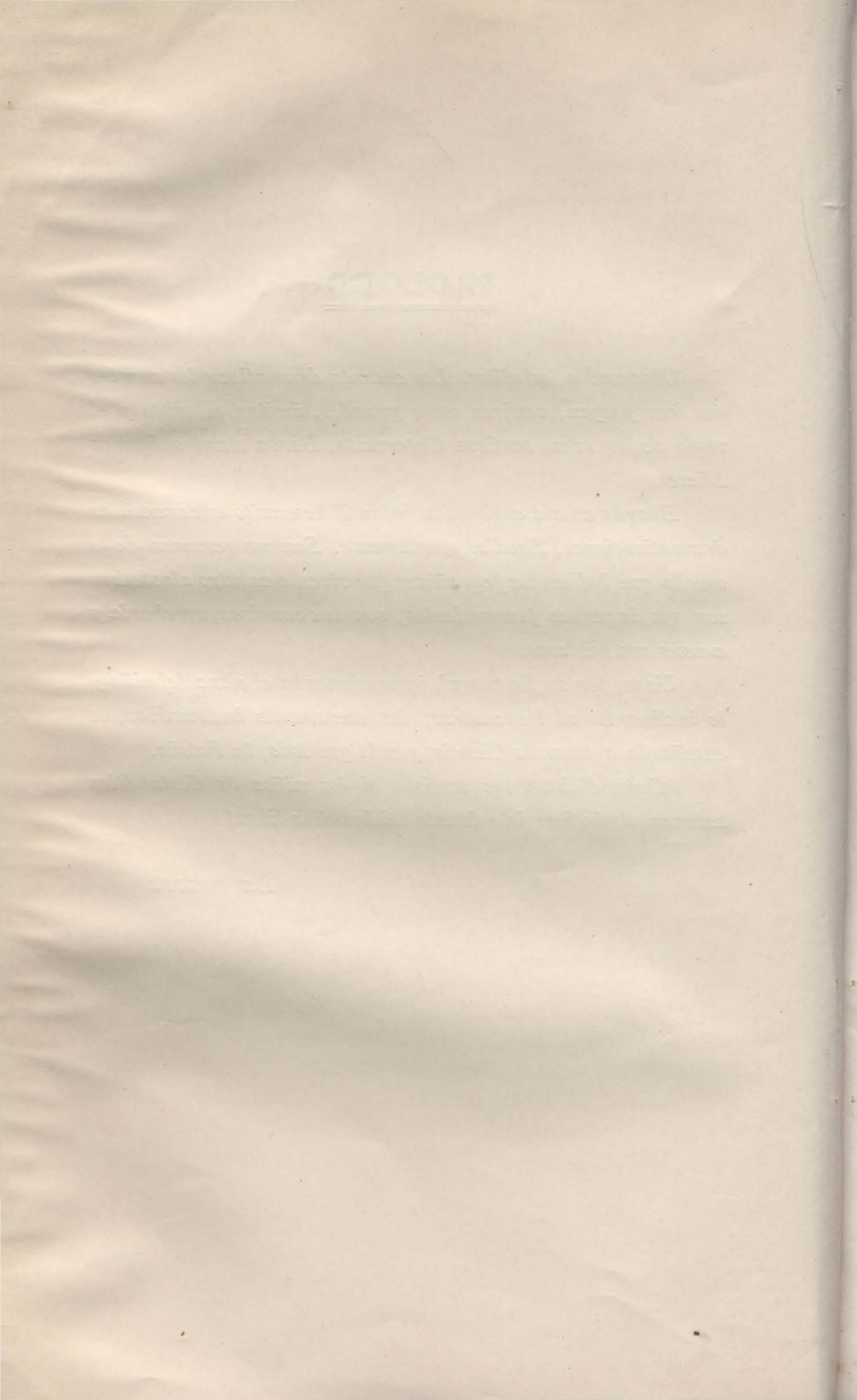
Observad a los niños. Les encanta dramatizar los cuentos que leen y oyen, vestirse como grandes, imitar el canto y el vuelo de las aves, sentirse Caperucita, Barba Azul o Blanca Nieves.

Basada en esa aspiración infantil he escrito estas sencillas dramatizaciones. Leedlas atentamente. Son un resumen de lo mucho que hablan los pequeñines que viven a vuestro alrededor, son sus ingenuos pensamientos, son sus sonrisas, su charla y a veces sus tristezas.

Unas, por su fin moral, impresionarán el alma del niño y le inclinarán al bien; otras, las meramente instructivas, le enseñarán a amar la Ciencia y más que todo, la Patria.

¡Cuán dichosa me sentiría si los niños de Costa Rica sacaran algún beneficio de este mi humilde libro!

La autora



Rayo de sol

Para Merceditas Ramírez Borges

Escena: Una sala lujosamente amueblada. Numerosos jarrones llenos de flores; plantas, cuadros, etc.

Personajes: Don MAURICIO, doña PAULA, MARIA IRENE (niña de ocho años) y una criada.

D. MAURICIO. (*Entra mirando a todos lados; lleva una cartera bajo el brazo y el sombrero en la mano.*) Flores, flores por todas partes. Esto me huele a dicha, a juventud. ¿Qué travieso geniecillo habrá penetrado en la vieja mansión de los Fernández, quién se habrá atrevido a engalanar estas salas silenciosas que sirven de morada a doña Paula, qué rayo de sol ha conseguido derretir el hielo que envolvía desde hace mucho tiempo «El Colmenar»? (*Pone el sombrero en una mesa y se sienta.*) La alegría que le voy a dar a la buena señora. Como que ella creía todo perdido. Pero, bah! Dios me ayudó y todo salió a pedir de boca. (*Corto silencio.*)

D^a PAULA (*Severamente vestida.*) ¡Don Mauricio, Ud. aquí! (*Le da la mano.*)

D. MAUR. A sus órdenes doña Paula. (*Se levanta.*)

D^a PAULA Me ha evitado Ud. un viaje. Pensaba ir hoy a la ciudad. Siéntese, hágame el favor. (*Los dos se sientan.*) Tenía tantas ganas de saber el resultado del pleito; ya Ud. sabe, ese asunto es de vida o de muerte para mí. Si el pleito se pierde, se

van todos mis bienes, y entre ellos, el que me trae más recuerdos, este querido Colmenar.

D. MAUR. ¿Y si le digo, señora, que hay muchas esperanzas?

D^a PAULA No me ilusione Ud.

D. MAUR. No es ilusión, es realidad, el pleito está ganado.

D^a PAULA (*Levantándose.*) Gracias, gracias buen Dios y gracias excelente amigo. (*Le da la mano.*)

D. MAUR. (*Saca unos papeles de la cartera y se los da.*) Examine estos papeles.

D^a PAULA (*Después de leerlos atentamente.*) Quiere decir que la justicia una vez más ha resplandecido, la ha hecho resplandecer Ud., señor abogado; quiere decir que mi gratitud será eterna, quiere decir que Dios no olvida a su humilde sierva.

D. MAUR. Dios no se olvida de nadie, de nadie se olvida.

D^a PAULA (*Se sienta.*) De un tiempo a esta parte me ha tenido muy de acuerdo para darme alegrías. Mire Ud., este pleito que era mi pesadilla ya está ganado, las cosechas de la finca han sido este año abundantísimas, y mi salud mejora día por día.

D. MAUR. Es Ud. muy dichosa.

D^a PAULA (*Entrega los papeles.*) Lo fuera por completo si una nube no empañara el cielo de mi dicha.

D. MAUR. ¿Un nuevo sufrimiento?

D^a PAULA Un sufrimiento que por fuerza tendré que soportar.

D. MAUR. No la entiendo.

D^a PAULA (*Va y coge un retrato de una mesa; el abogado lo examina atentamente.*) ¿Recuerda usted a esta persona?

D. MAUR. (*Después de un rato.*) Esos ojos... los he visto en alguna parte y esos labios alguna vez me han sonreído, pero no me acuerdo de más.

D^a PAULA ¿No se acuerda Ud. de Antonio mi sobrino?

D. MAUR. ¿Aqué! alegre chiquillo que metía fuego en esta casa?

D^a PAULA El mismo.

D. MAUR. Vaya, ¡cómo se va arriba la familia! Ahora el Antoñito de antes tiene cara de gente respetable. ¿Y en qué punto del mundo se encuentra?

D^a PAULA Desde hace veinte años vive en España. Mi pobre marido que lo adoraba lo envió a estudiar al extranjero. El muchacho resultó inteligente, se labró un brillante porvenir y ahí lo tiene Ud. convertido en un gran señorón.

D. MAUR. ¿Y eso la pone triste?

D^a PAULA Dios me libre de afligirme del bien de los demás. Es cierto que no le volví a ver, es cierto que Francisco murió sin el consuelo de contemplar el rostro de aquel sobrino idolatrado...

D. MAUR. ¿Entonces?

D^a PAULA Antonio formó su hogar en tierra lejana. Eligió por esposa a una linda y buena muchacha. En ese hogar todo era felicidad hasta que hace seis meses la bondadosa Elisa voló al cielo, dejando en el dolor al marido y en la orfandad a una niña de ocho años,

D. MAUR. ¡Qué desgracia más grande!

D^a PAULA Después de la muerte de la esposa, Antonio pensó en el porvenir de la pequeña. Necesitaba una persona que velara por ella, que la cuidara solícitamente y se acordó de esta tía de Costa Rica, de esta vieja tía que tanto lo quiere. Siéndole imposible abandonar sus ocupaciones me envió a su María Irene.

D. MAUR. Y a fe que tuvo razón. ¿Quién mejor que Ud. puede cuidar a la huerfanita? El sabe que a su lado se hará una joven útil y buena; él quiere que María Irene crezca a la sombra de la mujer que formó su carácter, que marcó su destino. ¿Y está aquí esa niña?

D^a PAULA ¿No lo ha notado ya? ¿No advierte Ud. muchos

cambios en esta casa? ¿No le dicen sus ojos que el mundo con todas sus vanidades se ha introducido en esta santa morada? Vergüenza me da recibir a Ud. en esta sala que parece la sala de recibo de una señorita de quince años.

D. MAUR. No veo aquí nada malo...

D^a PAULA (*Levantándose.*) ¿No ve esas flores que ofenden la seriedad de mi vida, no ve esos cuadros que reproducen asuntos profanos? Todo es obra de María Irene.

D. MAUR. ¿Y ese es su sufrimiento?

D^a PAULA ¿Más grande lo quería? Ud. Sabe cómo vivo yo, consagrada por entero a Dios, para mí no existen fiestas, teatros ni nada de lo que hace felices a muchos. Vivo en constante oración y ahora mi Señor me manda semejante castigo.

D. MAUR. Perdone que la contradiga. Pero eso no es castigo.

D^a PAULA ¿Que no es castigo tener que soportar a una niña que no hace más que reir, jugar, entonar canciones de mundo; una niña que sólo piensa en las flores, en los paseos por el bosque, en los trajes bonitos; una niña que monta a caballo como un hombre, que toca piano y guitarra, que silba como un pájaro? (*Se sienta.*)

D. MAUR. Sin quererlo me está Ud. haciendo el retrato de una niña encantadora.

D^a PAULA Bella, sí lo es. Y más que todo, cariñosa. Ahí está mi sufrimiento, aborrezco su carácter y adoro su bondad. Si yo la pudiera cambiar...

D. MAUR. Nunca intente eso, doña Paula. La alegría es a la niñez como el perfume a la flor. Una niñez sin alegría es como una noche sin estrellas, como un jardín donde se marchitaron todas las flores y de donde huyeron todas las aves.

D^a PAULA Considere que ya a mi edad no es conveniente la alegría. (*María Irene comienza a cantar en el*

interior.) ¿La oye Ud.? Voy a... (*Se levanta y hace el ademán de irse.*)

D. MAUR. (*Deteniéndola.*) Déjela terminar. (*Los dos escuchan.*) ¡Qué voz más dulce! (*Termina el canto.*)

D^a PAULA Ya sin conocerla la va queriendo. Así es ella, la quiere todo mundo, hasta yo misma. (*Se acerca a una puerta o a una ventana y mira hacia afuera.*) Don Mauricio, conózcala Ud., es aquella que está en el jardín, junto a las pacayas. (*Don Mauricio se acerca y contempla a la niña.*) Mírela, ahora va a cortar un manojó de rosas...

D. MAUR. (*Contemplándola.*) Es linda, muy linda, más linda de lo que me lo imaginaba. Es una verdadera muñeca. (*Vuelven a sus asientos.*) No encuentro el por qué de sus quejas, doña Paula. Hace poco me decía Ud. que Dios le ha hecho grandes favores...

D^a PAULA Verdaderos milagros.

D. MAUR. ¿Y si yo le dijera que todos esos milagros se los debe Ud. a una persona?

D^a PAULA ¿A una persona?

D. MAUR. A esa encantadora personita de ocho años que...

D^a PAULA ¿A María Irene?

D. MAUR. Sí, a María Irene. Dios la bendice por medio de esa chiquilla, porque Ud. la cuida, porque Ud. a pesar de todo la quiere, porque Ud. es para ella su segunda madre.

D^a PAULA Trataré de serlo mientras viva.

D. MAUR. Dios protege a las almas generosas que aman a los niños; Dios es bueno con el que presta su ayuda a la niñez desvalida o desgraciada; Dios bendice la casa donde se oyen risas infantiles, la casa que cifra todo su orgullo en la cunita blanca donde duerme un pequeñín!

D^a PAULA Es verdad.

D. MAUR. Y esa bendición se cierne sobre el mundo desde

que la mano de Jesús bendijo, allá, en la lejana Palestina, a cientos de cabecitas infantiles.

M^a IRENE (*Entra con un gran ramo de rosas*) Tía Paula, mira cuántas flores. Son para el altar de la Virgen. (*Repara en el abogado.*) ¡Ah! pero tienes una visita... ¡Buenos días, señor!

D^a PAULA Nada importa, María Irene, es un viejo amigo; es el señor Mauricio.

M^a IRENE (*Acercándose.*) ¡El señor Mauricio!... (*Se queda pensativa.*) Ya..... ya, papá me lo nombraba mucho. Si no me equivoco, es Ud. abogado; llega Ud. en buena hora, porque va a tener que defenderme.

D. MAUR. ¿Defenderte de quién?

M^a IRENE (*Abrazando a la tía.*) De esta tía Paula que es tan huraña y regañona, de esta querida viejecilla a quien no le gustan los cantos, ni mis vestidos de encaje, que se enoja cuando me oye reír, que hace cara seria a todo lo que es alegría.

CRIADA Van a perdonar ustedes. Doña Paula, Juan el mandador me envía a decirle que necesita su consejo en un asunto muy importante. La espera en la puerta. (*Se va.*)

D^a PAULA Con su permiso. (*Se va.*)

D. MAUR. Ud. lo tiene, señora.

M^a IRENE (*Con aire orgulloso*) ¿Ve Ud. estas rosas tan lindas? Son de un rosal que estaba casi marchito. Pero mis cuidados lo hicieron renacer.

D. MAUR. ¿Te gustan mucho las flores?

M^a IRENE Nunca he vivido sin ellas. En la casa que dejé para siempre no había donde sembrar una planta. Pero yo hice un jardín en macetas. Hubiera Ud. visto los claveles, los geranios y las mosquetas que crecían en mi balcón. Aquello era para morir de envidia.

D. MAUR. Aquí sí que te darás gusto sembrando flores...

- M^a IRENE Todas las que Ud. ve las he sembrado yo. A mi llegada no había jardín. ¡Estaba tan triste el Colmenar!
- D. MAUR. Pero tú lo has alegrado. Has hecho renacer los dichosos tiempos viejos.
- M^a IRENE Así dicen todos. Sólo tía Paula se queja de mí; me llama: loca, traviesa, atarantada.
- D. MAUR. Pero te quiere mucho.
- M^a IRENE Me quiere más de lo que Ud. cree. Es tan buena como la mamá que perdí. ¡Ah, mi mamacita! Aquí en este relicario, muy cerca de mi corazón, llevo siempre su fotografía. (*Enseña el relicario.*) ¿La ve usted?
- D. MAUR. Bella, muy bella era tu madre.
- M^a IRENE Cuando pienso que jamás mis ojos volverán a ver los suyos; que ya no volveré a oír su dulce voz; que ya mi cabeza no se volverá a reclinar en su amoroso regazo... (*Llora.*)
- D. MAUR. (*Acariciándola.*) No llores, no te entristezcas.
- M^a IRENE (*Sonriendo.*) Es verdad, no debo llorar. A ella, a mi madre no le gustaba verme afligida. Está en el cielo y desde allí me ve, desde allí goza con mi dicha. Que se vayan muy hondo las lágrimas, que en memoria de ella sólo sonrisas asomen a mis labios.
- D. MAUR. (*Acariciándola.*) Sí, sonrío siempre; tu sonrisa es la felicidad, la alegría de esta silenciosa morada. Eres un rayo de sol; tu misión es iluminar, ahuyentar las sombras que puedan oscurecer la vida de la tía Paula.
- D^a PAULA Pobre don Mauricio. Estará cansado de tanta charla...
- M^a IRENE No hemos charlado. Hemos hablado de cosas muy serias.
- D. MAUR. Tan serias, que ha habido hasta lágrimas.
- D^a PAULA ¡Lágrimas! ¿Por qué razón?

M^a IRENE (*Ve las flores.*) Que se marchitan mis flores. Voy a llevarlas al altar de la Virgencita; una preciosidad de virgen, don Mauricio. No tardaré; tiene que ir a conocer mi jardín. Como hace buen tiempo, podemos ir hasta el río. ¿Irás, tía Paula?

D^a PAULA Vaya, si iré. Pero ven, dame un beso. (*La niña le da un beso y se va.*) ¿Qué tal le ha parecido la chiquilla?

D. MAUR. Sencillamente encantadora. Es alegre, como usted dice, pero en el fondo de esa alegría se adivina una vaga tristeza...

D^a PAULA Es que el dolor hirió ya, esa almita blanca y pura. Tan sólo por eso le perdono todas sus travesuras. ¡Pobre pequeña mía!

D. MAUR. El dolor trató de aniquilar la brillantez de esa existencia, y no pudo. María Irene es más fuerte que el dolor. Lleva dentro de sí una misteriosa fuente de alegría que endulza sus más acerbadas penas.

D^a PAULA Ud. tiene razón. Yo debo ser indulgente con ella. Bastante ha sufrido la pobrecita.

D. MAUR. Debe ser indulgente, debe interesarse por los juegos, por los cantos, por todas las luminosas ideas de esa niña adorable. Gozará entonces de una dicha inmensa, que tan sólo experimentan los que viven muy cerca de corazones infantiles.

D^a PAULA Seguiré su consejo, amigo mío.

D. MAUR. Procure que la chiquilla que le ha sido confiada sea siempre inocente y bondadosa y después... déjela su alegría; déjela que llene de flores todos los rincones; déjela que cante, que juegue.

M^a IRENE (*Entra.*) Basta de conversación. Ahora, al jardín, a respirar aire fresco.

D. MAUR. (*Levantándose.*) ¿Volveremos pronto?

M^a IRENE Eso quién lo sabe cuando se tiene por delante

un día de verano, cuando se divisan a lo lejos montañas azules, cuando los hermosos campos le dicen a uno: recorre mis praderas, mis caminos polvorientos, mis bosques sombríos?

D. MAUR. Es que los negocios no me permiten...

D^a PAULA Dígales adiós a sus negocios. Pase siquiera ocho días entre nosotras. Le contará a María Irene todos los bonitos cuentos que volvían loco a Antonio.

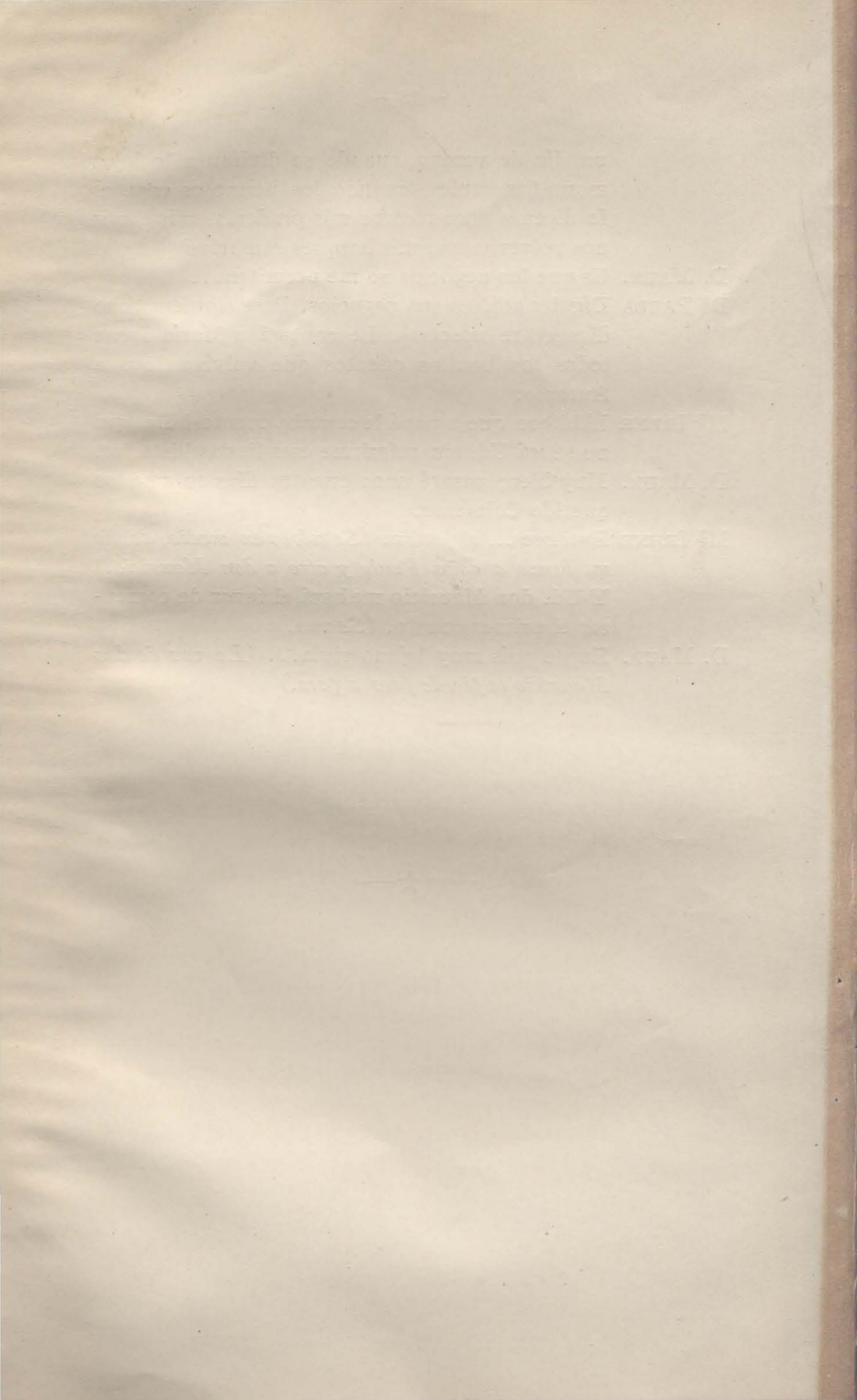
M^a IRENE ¡Ah! con que a papá le contaba cuentos? De aquí no se irá Ud. sin referirme esas lindas historias.

D. MAUR. Muy bien; pasaré unos cuantos días en vuestro querido Colmenar.

M^a IRENE Entonces... al jardín. (*Se coloca en medio, dando un brazo a doña Paula y otro a don Mauricio.*)
Y Ud. don Mauricio me hará el favor de comenzar el primer cuento. (*Se van.*)

D. MAUR. En un país muy lejano vivía... (*La voz de don Mauricio se pierde poco a poco.*)





La carta a Dios

(Dramatización de un cuento)

Para María Cecilia y Otto Chaves Arias

Escena: Una oficina.

Personajes: Don GERARDO, GABRIEL (niño de 6 años), CAMPESINO y CAMPESINA.

D. GERARDO. (*Entra limpiándose el sudor; se dirige al escritorio.*) ¡Bah! ya este calor es insoportable. (*Examina unos papeles.*) Tengo trabajo hasta para un año. (*Se sienta.*) La verdad es que no debía esclavizarme. Soy solo, no tengo ninguna obligación; mi madre, el único encanto que en mi vida ha habido, hace un mes descansa en el cementerio. ¡Madre! Buena madre mía, ¿por qué me dejaste en este triste mundo, que para mí no tiene ningún atractivo, ninguna alegría? (*Se pone a escribir. Después de un rato se oye un toque.*) ¡Adelante! (*Entra un campesino.*)

CAMPESINO Buenas tardes le dé Dios, don Gerardo.

D. GER. Buenas tardes.

CAMPESINO Pos, don Yayo, yo venía a ver si me escribe una carta para mi muchacho que se fué empleao en un barco, con esos machos que hablan inglés.

D. GER. Está bien; deme Ud. la dirección que le dejó al irse, o la dirección del puerto donde debe recibir esa carta.

- CAMPES^o ¡Qué cuento de direcciones, ni qué mi abuela! Ud. escribe la carta y el correo la lleva. ¿No dicen que el correo anda por todo el mundo? Pos que se friegue alcanzando el buque onde va Miguel.
- D. GER. ¡Hombre de Dios! Sin dirección no se hace nada. Trate de conseguirla y le hago la carta.
- CAMPES^o Quédese con el diablo y la dirección. Voy onde otro abogao que no ponga trabas a los probes como yo. (*Se va.*)
- D. GER. (*Sonriendo.*) ¡Pobre ignorante! (*Sigue escribiendo; al rato se oye otro toque.*)
- CAMPES^a (*Entra.*) ¡Ave María!
- D. GER. Buenas tardes.
- CAMPES^a (*Se sienta.*) És el caso, don Gerardo, que estoy frita de ser mula de carga de los del campo y me voy a la suidá a concertame. Vengo a que le escriba unas letras a una vieja patrona mía, buena como el pan, que se llama la niña Chedes. ¿Chedes de qué?
- D. GER. ¿Chedes de qué?
- CAMPES^a Pos Chedes. No le conozco otro nombre.
- D. GER. Entonces nada podemos hacer.
- CAMPES^a Pos pone usted niña Chedes...
- D. GER. Buena mujer, para que una carta llegue a su destino es necesario escribir bien claro en el sobre el nombre y el apellido de la persona a la cual se le escribe.
- CAMPES^a ¿Y si uno no sabe el apellido?
- D. GER. Trata de averiguarlo.
- CAMPES^a Pos tendré que bajar a la suidá a averiguálo. Nada se ha perdido, don Gerardo. Volveré el sábado. (*Se va.*)
- D. GER. ¡Mujer más tonta! Vaya, parece que están de acuerdo para desesperarme. (*Sigue escribiendo; después de un rato se oye un tercer toque.*) De seguro otra alma de Dios. ¡Adelante!

GABRIEL (*Entra muy despacio.*) ¿Se llama Ud. don Gerardo?

D. GER. Sí.

GABRIEL ¿Escribe Ud. cartas?

D. GER. Sí.

GABRIEL ¿Me escribirá Ud. una?

D. GER. Muy bien. Ya sabes que vale veinte céntimos.

GABRIEL (*Esculcándose las bolsas.*) Entonces... no me la escriba; no tengo ni un céntimo. (*Se va cabizbajo.*)

D. GER. (*Se levanta y lo detiene.*) Ven acá, pequeñín. (*Se sienta y acaricia al niño.*) ¿Cómo te llamas?

GABRIEL Gabriel.

D. GER. Llevas un hermoso nombre y eres muy simpático. ¿Qué edad tienes?

GABRIEL Mamá dice que tengo seis años.

D. GER. Vamos a ver, ¿para quién es tu carta?

GABRIEL Para Dios.

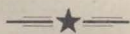
D. GER. ¡Chiquillo más atrevido! De seguro quieres algún juguete.

GABRIEL Nunca he tenido juguetes, pero no los deseo.

D. GER. ¿Entonces...?

GABRIEL Oirá Ud., don Gerardo. Mi mamá y yo vivimos solitos en la última casa de esta calle. Un día de éstos mamá cayó enferma, le cogió un dolor terrible en la garganta. ¡Pobre mamá, cómo gritaba! Casi me vuelvo loco. No tenía un cinco para una medicina ni unos colones para pagar un doctor. Desesperado recé muchos Padrenuestros para que Dios la durmiera y la calmara. Y Dios me oyó. Desde ayer tarde duerme profundamente. Pero ya es mucho dormir. Hoy le he dado cientos de besos, la he llamado por su nombre y no se despierta. Pues bien, don Gerardo, quiero que Ud. le escriba al buen Dios, dándole las gracias por tan largo sueño y al mismo tiempo rogándole que la despierte.

- D. GER. ¡Pobre niño! (*Se queda pensativo.*)
- GABRIEL ¿En qué piensa Ud.?
- D. GER. Pienso en mi madre que se durmió hace un mes como la tuya.
- GABRIEL ¿Y todavía no se ha despertado?
- D. GER. Mi madre y tu madre jamás se despertarán. Duermen el último sueño.
- GABRIEL ¿De manera que estoy solo en el mundo? ¿A dónde iré, Dios mío?
- D. GER. Irás a mi casa. (*Llora.*)
- GABRIEL Pero ¿llora Ud.?
- D. GER. Sí, lloro de alegría. Hace un momento me quejaba de mi triste suerte. De seguro mi madre oyó mi queja y guió tus pasos hasta aquí. De ahora en adelante mi vida tendrá una ilusión, un objeto: velar por tu dicha, Gabriel mío, hacedte feliz. (*Lo abraza.*)
- GABRIEL Es Ud. muy bondadoso, pero acuérdesese que dejé a mamá sola...
- D. GER. Juntos iremos a verla. Tú le dirás al oído que ya su Gabriel tiene un hogar, que ya puede dormir tranquila... (*Se levanta.*)
- GABRIEL Como era tan buena, desde el cielo le bendecirá a Ud., don Gerardo.
- D. GER. Y también mi madre bendecirá tu vida que ha venido a alegrar la mía. Ven, vamos. (*Coge al niño de la mano y se van.*)



El baúl de la abuela

*Para Ana María, José Joaquín
y José Vicente Salazar Arias*

Escena: Un cuarto de estudio. Fuera de otros muebles se encontrará un baúl. En ese baúl los siguientes objetos: ramos de reseda, un pañolón bordado en colores, una pañoleta, un chilillo, caracoles y conchas, un collar de coral, un paquete de libros de oraciones, un Carreño, una jícara, un nacimiento, un reloj, un mostrario, unos rizos rubios y otros negros, y dos retratos.

Personajes: LA MAMA, LUCIANO y LUPITA (niños de ocho y siete años respectivamente).

LA MAMÁ *(Con aire molesto; trae de la mano a Luciano y a Lupita; cada uno de éstos viene con un libro bajo el brazo.)* Sí, aquí en el cuarto de estudio os quedaréis. Me voy sola a paseo. Los niños perezosos no merecen gozar de un día tan lindo. Estudiad las lecciones y cuidado con tocar nada de esta habitación. Hasta la vuelta. *(Se va; al irse deja caer un llavero; Lupita y Luciano se sientan y se quedan pensativos.)*

LUCIANO *(Al reparar en el llavero.)* Lupita, mira lo que ha dejado mamá...

LUPITA *(Lo coge.)* ¡El llavero!

LUCIANO Ahora sí que nos podemos dar gusto con los pasteles de fresa guardados en el aparador...

LUPITA Tengo una idea, Luciano. Si alguna de estas llaves le quedara buena... *(Dirige la vista hacia el baúl.)*

LUCIANO *(Se va hacia el baúl.)* ¿Al baúl de la abuela?

LUPITA Exacto.

- LUCIANO Todo es probar. Aguarda. (*Lo corren hacia el centro.*) Préstame el llavero. (*Prueba varias llaves; al fin una le queda buena.*) ¡Abierto!
- LUPITA ¿Y la lección?
- LUCIANO Déjala en paz.
- LUPITA Bueno, abre ese baúl. Examinar las cosas que contiene ha sido el sueño de toda mi vida. (*Luciano lo abre; se arrodilla a un lado.*)
- LUCIANO ¡Qué olor tan agradable!
- LUPITA Es la reseda. Mira los ramos. (*Saca algunos.*)
- LUCIANO Ponte uno en el pelo, así... (*Le coloca uno en el pelo.*)
- LUPITA ¿Qué es esto de tantos colores?
- LUCIANO (*Sacándolo.*) ¡Un pañolón!
- LUPITA (*Lo coge.*) Preciosos los bordados; como para ir a una plaza de toros en España. (*Se lo pone al estilo español.*) Vuelve a ver qué manola más guapa, Luciano. (*Hace que baila.*) ¡Olé, viva tu gracia, viva tu sal!
- LUCIANO Vamos, ¡qué entusiasmo! Aquí tiene algo que es de la familia del pañolón. (*Saca la pañoleta.*)
- LUPITA (*Se quita el pañolón y se pone la pañoleta.*) Esta pañoleta la voy a usar dentro de cincuenta años, cuando sea abuela. Mírame de abuela. (*Se pone a andar muy despacio y con el cuerpo encorvado.*) Ya verás, Luciano, ya verás; cuando tenga unos nietos que se llamen Luciano y Lupita, no les dejaré pasar la más pequeña falta; por cualquier cosa, venga una chilillada.
- LUCIANO Como las que te debían dar a ti. (*Saca un chilillo.*) Hablando del rey de Roma y él que se asoma. Repara qué chilillo.
- LUPITA ¡Quién sabe cuántas veces castigaron con este chilillo a mamá, a tía Elisa, a tío Rafael, a tío Ricardo!
- LUCIANO La abuela dice que jamás los tocó. Han sido

siempre tan buenos. ¿Qué habrá en esta canasta?
(*La abre.*) Son conchas y caracoles. (*Lupita
coge algunos.*) ¡Malvada!

LUPITA Nadie sabe el número exacto.

LUCIANO Entonces... también tengo yo derecho. (*Coge
algunos y se los echa en el bolsillo.*)

LUPITA ¡Un collar! (*Lo saca.*) Es el que me han pro-
metido si soy estudiosa.

LUCIANO Trazas tienes de ganártelo.

LUPITA ¡Vaya un paquete de libros! (*Lo saca.*) Veamos.
(*Examina y lee.*) Novena de San Antonio, Tri-
sagio, Novena de San Francisco, Veintiuno de
San Rafael...

LUCIANO No toques, no desarregles esos cuadernitos. Ellos
son el gran tesoro de la abuela; ellos encierian
la dulce, la santa fe cristiana.

LUPITA ¡Otro libro! (*Lo saca.*)

LUCIANO El Carreño.

LUPITA Lo que dice mamá que debemos leer de forro a
forro. Si fuera un libro de cuentos...

LUCIANO Ya podemos hacer chocolate: una jícara. (*La
saca.*)

LUPITA ¡Qué linda! De éstas no se encuentran ahora.

LUCIANO De seguro es hecha en el Guanacaste.

LUPITA ¿Qué encerrará esta caja? ¡Un nacimiento! Ahora
sí que puedo poner portal.

LUCIANO ¡Y que van a dejar esa preciosidad en tus manos!
¡El reloj del abuelo! (*Lo saca.*) Me lo rega-
laran...

LUPITA Si a ti te dan el reloj, a mí me tienen que dar el
nacimiento, y el collar y los caracoles.

LUCIANO ¡Lupita, Lupita! Míra a mama de joven. (*Saca
un retrato.*)

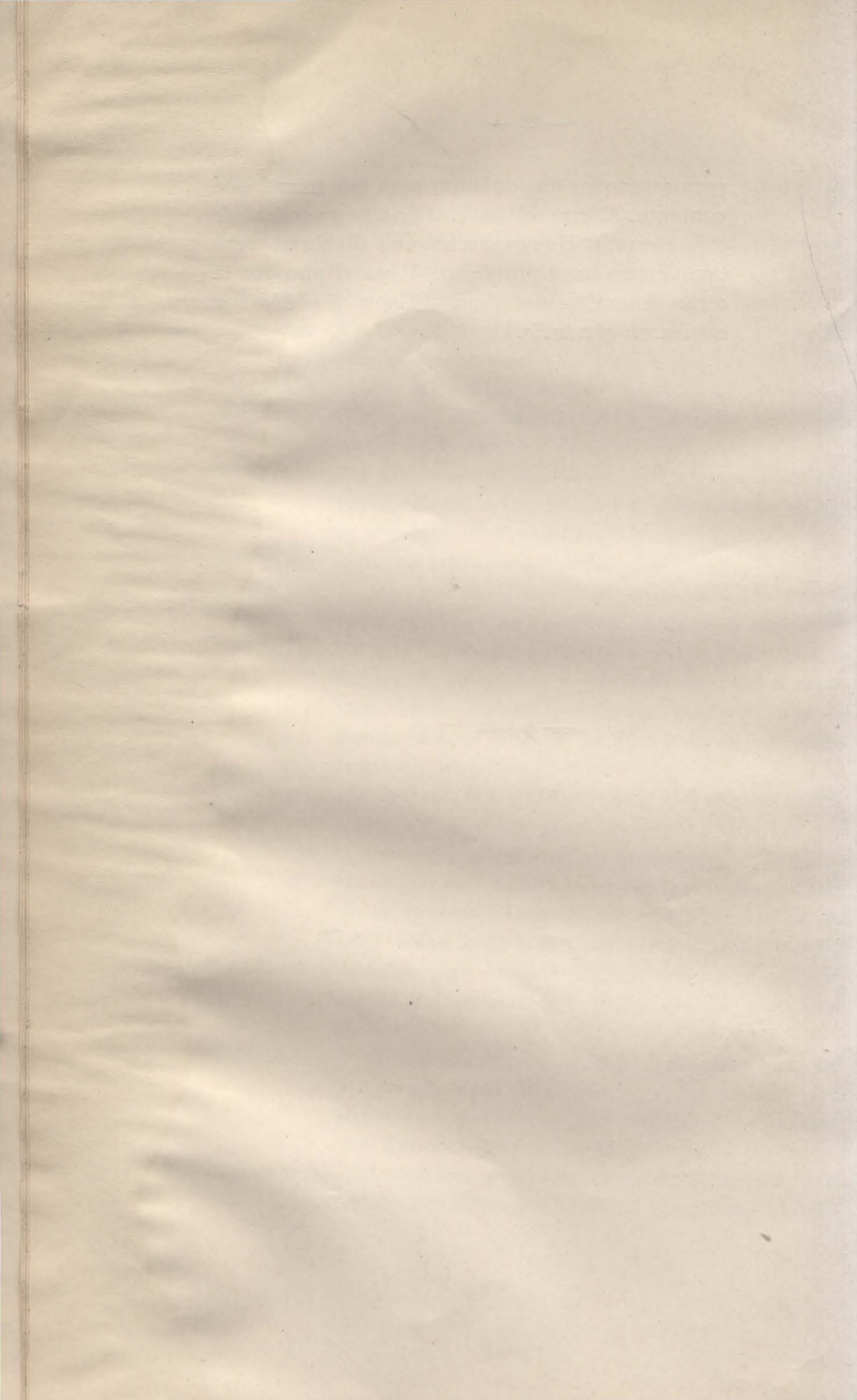
LUPITA ¡Qué guapa era !(*Lo contemplan durante un rato.*)

LUCIANO Y todavía lo es. Lo que tiene es que la pobre
mamá se molesta tanto por nosotros.

- LUPITA Le damos tantos disgustos, que ya dentro de poco estará como la abuela.
- LUCIANO No debemos permitir tal cosa. Seamos buenos, hermanita, estudiemos las lecciones.
- LUPITA Sí, en cuanto se acaben las cosas del baúl.
- LUCIANO Tú que entiendes de costura, ¿qué es esto? (*Le enseña un mostrario.*)
- LUPITA ¡Es un mostrario! Bonito trabajo. (*Lo examina.*)
- LUCIANO Antes sí que sabían trabajar las mujeres. ¡Unos rizos! (*Los saca.*)
- LUPITA Ya me acuerdo, Luciano. Los rizos rubios son tuyos. Cuando te cortaron tu hermosa cabellera la abuela guardó algunos.
- LUCIANO Y estos negros son tuyos.
- LUPITA Fíjate que tus rizos y los míos son las únicas cosas nuevas que hay entre tanta cosa vieja.
- LUCIANO Es que la abuela ama todas estas cosas que le hablan de su pasado y también nos ama a nosotros. Tan sólo por eso guarda nuestros cabellos donde mismo guarda lo que le trae recuerdos lejanos y queridos.
- LUPITA ¡El retrato del abuelo! (*Lo saca; los dos lo contemplan.*) Era un gran hombre. Todos los que le conocieron, veneran su memoria.
- LUCIANO No se por qué siempre que contemplo ese retrato me parece que el abuelo me mira, me mira a mí solo. Cuando he sido bueno recibo tranquilo esa mirada, pero cuando alguna mala acción atormenta mi conciencia no puedo ver de frente esos ojos.
- LUPITA A mí me sucede lo mismo. Tal como hoy, me parece que esos labios me quieren hablar para decirme: “perezosa, desobediente”. Luciano, ¿por qué no somos buenos?
- LUCIANO (*Abrazándola.*) Sí, Lupita; seamos buenos, para no bajar la cabeza delante del retrato del abuelo,

para que todos nos quieran, para que mamá esté contenta. Cierra el baúl. (*Lupita guarda todo y lo cierra.*) Hemos hecho una diablura, pero también un buen propósito. Vaya el uno por la otra. Ahora, a estudiar. (*Cogen los libros y comienzan el estudio.*)





¡Lo que es la Patria!

(Arreglo de varias lecturas)

Para Paquita Pujol Berenguer

Escena: Una sala de clase.

Personajes: EL MAESTRO y VARIOS ALUMNOS.

(Se oye un toque de campana: los alumnos entran en fila y se sientan; entra el maestro.)

EL MAESTRO.—Vamos, niños, ¿qué día es hoy?

LUIS Hoy es 15 de Setiembre.

EL MAES. ¿Alguno de vosotros sabe por qué es feriado ese día, por qué se adornan con banderas todos los edificios y por qué es uno de los días más bonitos del año?

ROBERTO Sí, porque es el día de la Patria.

EL MAES. Muy bien. ¿Y qué es eso de Patria?

CARLOS La Patria es el lugar donde nacimos.

RUBÉN La Patria es como el nido para los pajaritos.

MANUEL La Patria es aquel pedazo de tierra más o menos grande donde vimos la primera luz.

MIGUEL La Patria son todos los ciudadanos de un pueblo que tiene historia, leyes y bandera propia.

FERNANDO No sé decir lo que es la Patria, pero este mi libro lo dice de una manera muy bonita. Escuchad: *(Lee.)* “La Patria es este suelo tan querido donde nacimos; la casa donde nos criamos; los prados, bosques y montes que nos son familiares; el río

o torrente que manso o impetuoso corre por el valle; el horizonte risueño o sombrío que limita nuestra vista; la ciudad, villa o barrio que habitamos; la casa de escuela tan llena de recuerdos infantiles; el templo con su campanario que domina la campiña y que eleva nuestro pensamiento hasta el Autor de todas las cosas.”

HERNÁN Mi libro dice con otras palabras lo que es la Patria: (*Lee.*) “La Patria es el canto materno que nos arrulló cuando dormitamos en la cuna; es el beso dulce de la madre o la caricia inocente de la hermana; es la lluvia de oro de sol sobre la calva soberana de nuestros volcanes; es la luna derramando su luz blanca sobre nuestras tierras; es el campo sembrado de cafetos, cafetos en flor que ponen como una sábana de nieve sobre las lomas, y cafetos en fruto que tienden como una mancha rojiza sobre las laderas; es el encanto sonrosado de la aurora, el incendio de los crepúsculos, es el perfume de la selva, el encanto de los bosques, el arrullo de la tórtola, el regazo tierno de la madre.”

EL MAES. Está bien. Veo que os preocupáis por saber lo que es la Patria. (*Se fija en Antonio que ha permanecido callado y triste.*) Vamos, tú, Antonio, nada me has dicho. ¿Acaso no sabes lo que es la Patria?

ANTONIO Sí, lo sé, tal vez más que todos mis compañeros. Lo sé muy bien, no ha mucho lo aprendí.

EL MAES. Dínos cuándo y dínos algo de España, la hermosa tierra que te vió nacer.

ANTONIO (*Se levanta.*) Hace un año llegué a Costa Rica. Venía muy contento. ¡Bah! a los niños nos gustan tanto los viajes. Esa alegría pasó pronto. Empecé a sentir una vaga tristeza, echaba de menos algo y no sabía qué era. Una mañana vi

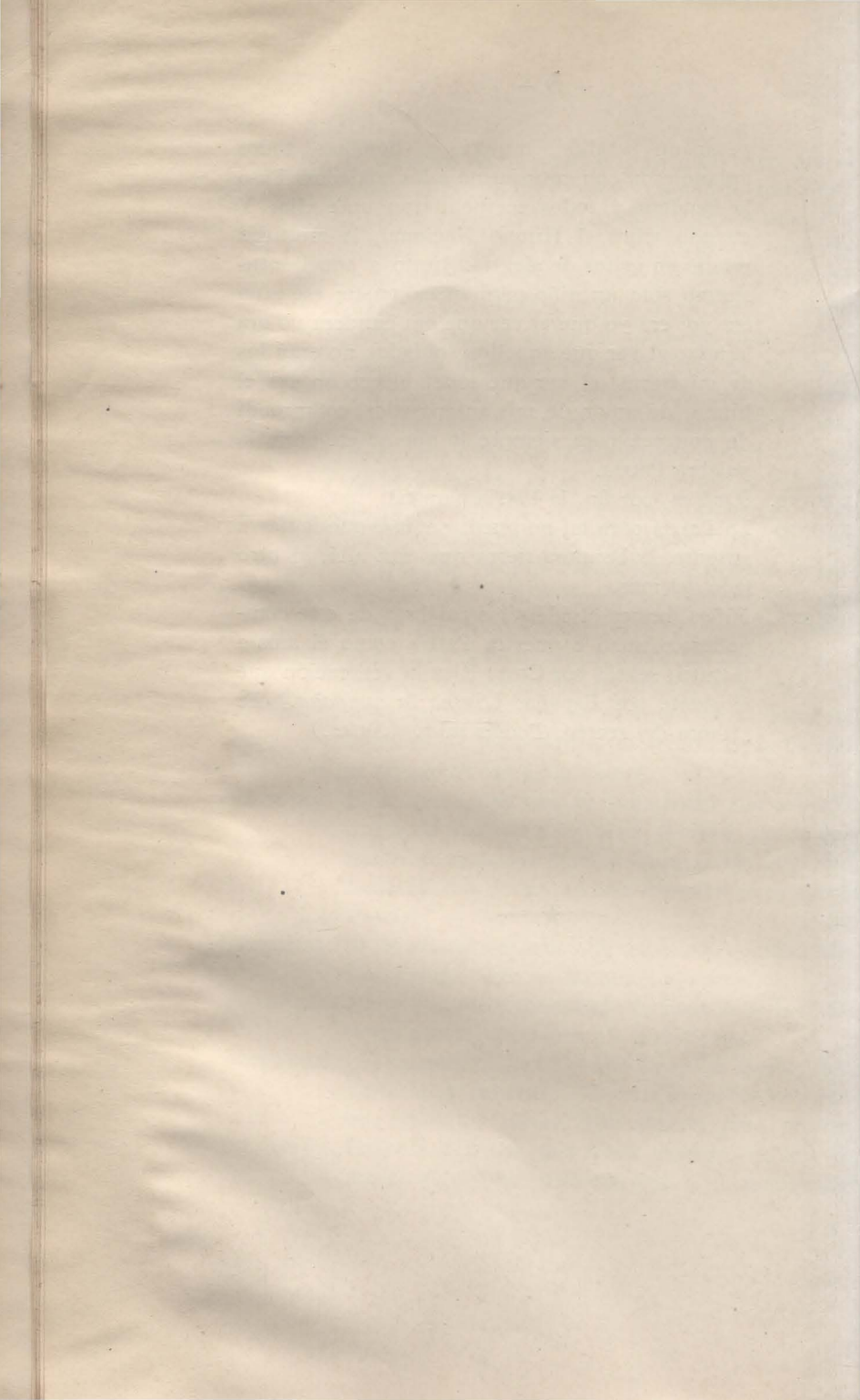
pasar un batallón: mujeres y hombres, todos aplaudieron con entusiasmo a los soldados. Pasó la bandera y todos se inclinaron ante ella. Y cuando vibró el Himno Nacional, la multitud estalló en gritos de alegría. Junto a aquel entusiasmo sólo un niño permaneció triste; ese niño era yo; era yo que al ver que esa bandera no era la mía, al ver que aquellos soldados no eran los de mi tierra, al ver que aquel himno no era el himno de amor de mis antepasados, comprendí de una vez para siempre lo que quiere decir la palabra Patria.

EL MAES. ¿Qué es, por fin, la Patria para ti?

ANTONIO La Patria para mí no puede ser más que la tierra ausente, la hermosa tierra que está allá, al otro lado dei mar.

EL MAES. Niños, nunca olvidéis las palabras de este compañero. Amad a vuestra Patria como él ama a la suya; sentid por Costa Rica la veneración que él siente por España. (*Suena la campana.*) Es la hora del recreo. Podéis salir. (*Salen.*)





El buscador de nidos

Para José Antonio y Ricardo Madriz Arias

Escena: Un rincón del bosque.

Personajes: AVE 1ª, AVE 2ª, UN NIÑO.

NIÑO *(Sale contando varios nidos.)* El paseo por el bosque no me ha resultado del todo malo; uno, dos, tres nidos. *(Los guarda en el bulto; contempla admirado el sitio en que se encuentra.)* ¡Qué lugar éste tan bonito y tan fresco! Si me pudieran ver los compañeros de escuela, ¡cómo me envidiarían! Estarán dale que dale a los quebrados y a la geografía. *(Se sienta por delante de un arbusto lleno de flores.)* Y en mi casa, lo que menos se imaginan es que estoy en el campo. Si lo llegan a saber, tendré que decir adiós a mis amigos, a los paseos de los domingos y a mis juguetes. ¡Qué olor tan agradable! *(Busca por todos lados.)* Debe venir de estas flores. *(Se levanta y se pone a mirar las flores.)* Vaya, ¡qué es lo que veo! *(Aparta unas ramas.)* ¡Otro nido! ¡Y con cuatro huevecillos! ¡Qué preciosidad! Muy bien se ve ahí donde la avecilla madre lo ocultó, pero se verá mejor en mi colección. *(Lo coge y lo guarda en el bulto.)* Ahora a descansar detrás de esas matas. *(Se va; al rato llegan dos niñas trajeadas de aves, imitando un vuelo.)*

- AVE 1ª Ven, amiga mía. En este apartado y encantador rincón del bosque he fabricado mi nido.
- AVE 2ª (*Examinando el lugar.*) Se ve que tienes buen gusto. Flores, yerbas y perfumes por todas partes. Aquí se respira tranquilidad y bienestar.
- AVE 1ª (*Acercándose al matorral.*) Lo construí en la primavera.
- AVE 2ª ¿Te daría mucho trabajo?
- AVE 1ª Como no te lo puedes imaginar. Cientos de veces fuí a los trigales en busca de espigas secas, de las viejas piedras arranqué el suave musgo, una blanca ovejita me trajo un vellón de su lana, dos palomas de Castilla me regalaron así montón de plumas. Cuando todo estuvo listo empecé la construcción. Escogí un arbusto cuajado de flores, y ahí, con las pajitas amarillas, con la lana y con las plumas, hice una especie de concha; ahí fabriqué mi dichoso albergue. Ahora hay en él cuatro pequeños huevos.
- AVE 2ª ¡Cuánto trabajo, amiga querida!
- AVE 1ª ¡Qué me importa haber trabajado tanto si ya tengo un hogar, si ya dentro de poco mis alas cobijarán a cuatro avecillas que me darán el dulce nombre de madre! ¡Cuán feliz voy a ser! Por las mañanas saldré en busca de alimento y por las tardes regresaré cargada de menudas yerbas, de sabrosas semillas y de dorados pececillos. Y ellos, mis hijos, atisbarán ansiosos mi vuelta. Después he de enseñarles a volar, a conocer los peligros, a atravesar el río, a encontrar las frutas que saben a miel.
- AVE 2ª Bueno, pero enséñame ese nido; estoy impaciente por conocerlo.
- AVE 1ª Acércate. Está detrás de esas flores. Nadie puede sospechar que ahí se oculta un nido. Ven, mira. (*Registra las flores y las matas.*) Pero... (*Registra*

más; muy asustada.) ¿Dónde... qué se hizo? ¡Dios mío, se lo han llevado! (*Vuelve a registrar.*) No, no está. (*Con desconsuelo.*) ¡Se acabaron mis afanes y también mis ilusiones!

AVE 2ª ¡Qué ingratitud!

AVE 1ª Ingratitud no; maldad. ¿Qué daño hacía un humilde nido? ¿Por qué acabar así con el más rico tesoro de una madre? ¿Por qué no dejar que un montoncito de paja se convierta en un hogar feliz? ¿Por qué arrebatar la vida a los que más tarde serán la alegría del bosque? (*Con tristeza.*) ¡Arrancar un nido es como apagar una estrella, como hacer pedazos una flor, como dar muerte a un cariño!

AVE 2ª ¿Quién se lo llevaría? Tal vez alguno de los animales de la selva...

AVE 1ª No lo creo. Ellos, desde la pequeña abeja hasta el fiero león respetan nuestras humildes viviendas.

AVE 2ª ¿Entonces?...

AVE 1ª Tiene que ser un hombre. Los hombres son muy malos. Poseen hogares queridos y respetados y no quieren ni respetan los hogares de las aves.

AVE 2ª (*Que ha estado observando el suelo.*) Mira, en la tierra húmeda se ven unas huellas.

AVE 1ª (*Observa.*) Son huellas, ¡cielo santo! de un niño... de uno que todavía no es hombre.

AVE 2ª De seguro ese fué el ladronzuelo. ¡Un niño! ¡Qué niño más malo!

AVE 1ª (*Con tristeza.*) ¡Dios mío, Tú que proteges tanto al hombre, como a las aves, como a los lirios de la montaña, protege a la madre de ese niño malo! ¡Haz que nunca sufra lo que yo, hoy he sufrido! ¡Haz que nadie le arrebate a su hijo, dale la felicidad que yo soñaba para mi pobre hogar!

NIÑO (*Sale con el nido en la mano.*) ¡Avecilla! ¡Buena avecilla! Mírame. Sí, yo robé tu nido. Yo he

robado muchos otros. Los robaba, porque nunca había contemplado la angustia de una madre. Tómallo. Aquí te lo dejo. (*Lo coloca entre las matas.*) Míralo, queda en el mismo sitio de donde lo cogí. Pero... ¡perdóname!

AVE 1ª

Sí, te perdono. Se ve que no eres malo.

NIÑO

No, no soy malo. Es la pereza por el estudio la que me ha traído al bosque. Soy hijo único; mi madre sólo para mí vive, sólo conmigo sueña, es una santa mujer.

AVE 1ª

Sin conocerla rogué a Dios por ella.

NIÑO

Yo te oí. Esa plegaria me conmovió. Resolví devolverte tu hogar y comenzar a ser bueno. Ahora voy para la escuela. Jamás volveré a arrancar nidos; jamás volveré por aquí.

AVE 1ª

Vuelve, sí, pero a contemplar las bellezas del campo, no a destruirlas. Vuelve dentro de algunos días, cuando en mi nido haya gorjeos, cuando mis hijos puedan pagarte con los más dulces trinos la vida que les has devuelto. Vuelve, vuelve, sí.

NIÑO

Está bien. Volveré a contemplar la dicha que estuve a punto de arrebatarse. Adiós,avecillas. (*Se va.*)

AVE 1ª

AVE 2ª

¡Adios, buen niño!

AVE 1ª

Contéplalo ahora que me lo devolvieron. (*Las dos se acercan al nido.*) Piensa si no debo sentirme orgullosa de haberlo construido. Mira cómo lo mece la brisa y cómo lo adornan las flores. (*Lo contemplan un rato en silencio.*) Vamos, amiga, dejémoslo un rato solo; necesito volar por los verdes prados, necesito cantar la canción de la felicidad. (*Se van volando. Pueden cantar algo apropiado.*)

Entre las hadas

(Traducción y arreglo del inglés)

Para Flora Eugenia Coto Cubero

Escena: Un claro del bosque. Es de noche.

Personajes: MARÍA y JUAN, dos hijos de leñadores. Un CONEJO, EL DUENDE VERDE. LA REINA DE LAS HADAS. DUENDES. HADAS.

MARÍA (*Entra de la mano de su hermano y se detiene mirando a todos lados.*) ¿Será por aquí el camino, hermano?

JUAN No recuerdo haber pasado por este lugar.

MARÍA Y entonces, ¿qué haremos? Mira, ya es la medianoche; el bosque está silencioso y yo estoy tan cansada que ya no doy un paso más. Si no te hubieras detenido a salvar el conejito, no nos hubiéramos extraviado. Tú tienes la culpa.

JUAN María, escúchame. Estamos perdidos en este inmenso bosque, pero ¿sabes? no me pesa; sin nuestro auxilio el conejito hubiera caído en la trampa. Tú tienes buen corazón como yo y amas las aves y los animalitos de la selva.

MARÍA Sí, tengo buen corazón, pero también tengo mucho miedo aquí en esta soledad.

JUAN Ten un poco de valor, hermanita. Dios velará por nosotros. Mientras tanto, tendámonos a descansar sobre el césped, esa será nuestra cama y el cielo poblado de estrellas nos servirá de

techo. (*Se tienden a descansar en el suelo; así permanecen un rato; de repente Juan se fija en una gran rueda de flores que está junto a él; en el centro del círculo hay un enorme trébol de cuatro hojas. Asustado e incorporándose.*) ¡Mira! ¿Qué es eso?

MARÍA (*Incorporándose también.*) Es una rueda encantada, es el sitio donde de noche bailan las hadas.

JUAN ¿Quién te ha dicho esas tonterías?

MARÍA No son tonterías, puesto que me las han dicho mis lindos libros de cuentos. Y si no me quieres creer, fíjate (*Señala el trébol.*) Allá en el propio centro hay un trébol de cuatro hojas que es el símbolo de las hadas. ¡Oh, tan bellas que son las hadas!

JUAN Me gustaría que se te aparacieran algunas, a ver si dices lo mismo.

MARÍA Sería lo más hermoso que nos pudiera suceder. Y para que veas que no les tengo ningún miedo penetremos dentro de esa rueda mágica, cojamos el trébol de cuatro hojas y dancemos, dancemos, que ya vendrán las hadas.

JUAN (*Deteniéndola.*) María, que es la medianoche, la hora misteriosa en que las hadas de los bosques salen de sus palacios a danzar y no permiten a ningún mortal presenciar sus bailes.

MARÍA (*Como alucinada.*) Sí, lo sé, pero las quiero ver; volveré a casa hasta que haya conocida e sas mujeres que nos pueden dar alas de mariposa, vestidos flotantes y cinturones de perlas. Voy a entrar. (*Entra en la rueda y coge el trébol.*)

JUAN (*Asustado.*) ¡Hermana!

MARÍA (*Sonriendo.*) ¡Ya estoy adentro!

JUAN (*Disgustado.*) Bueno, quédate esperándolas; lo que soy yo, ya me voy. (*Da una vuelta, María tira de él y lo hace entrar en la rueda.*)

JUAN ¡Oh, hermana, ve lo que has hecho! (*Trata de salir y no puede.*) No puedo salir de esta rueda maldita; ¡qué horror, si estoy encantado!

MARÍA Mejor, ahora vendrán más pronto las hadas; mientras tanto yo bailaré. (*Va a bailar cuando aparece el Duende Verde.*)

DUENDE V. ¡Alto ahí! ¿Quién baila dentro del espacio destinado a las hadas? ¡Ah! sois vosotros, niños atrevidos; ¿no sabéis que en ese círculo no puede penetrar mortal alguno? Quedáis prisioneros del Duende Verde, guardián de las hadas.

JUAN (*En tono de súplica.*) Perdónanos. Nada malo te hemos hecho. Déjanos marchar y muéstranos el camino.

DUENDE V. (*Señalando a María.*) Ella tiene la culpa; para qué tomó en sus manos el talismán mágico, el trébol de cuatro hojas que tiene el poder de conceder a las hadas todos sus deseos..... Pero decidme, ¿cómo llegasteis a este sitio?

MARÍA Somos hijos de unos leñadores que tienen su casita en uno de los extremos del bosque.

JUAN Vagábamos al atardecer por entre los árboles, entretenidos en hacer ramilletes de flores silvestres, cuando distinguimos en la rama de un roble un conejo en una trampa. Con mil dificultades logré llegar hasta él y darle libertad, pero ¡ay! ya había cerrado la noche y equivocamos el camino.

MARÍA (*Como extasiada.*) ¿Por qué tardarán tanto las hadas en venir? ¡Hadas, hadas bellas, venid pronto, os quiero contemplar, venid con vuestras ricas diademas, con vuestras varitas mágicas y con vuestros vestidos de rayos de luna! ¡Venid, venid a jugar conmigo, aquí en este bosque, bajo el cielo estrellado!

JUAN ¡Dios mío! ¿Qué le pasa a mi hermana?

DUENDE V. Nada, que está encantada. ¿Quieres libertarla?

Sólo hay un medio. Toma en tu mano el trébol de cuatro hojas y llama al conejito; él te ayudará a desencantarla.

JUAN (*Decidido.*) Hermanita, préstame el trébol.

MARÍA ¡Ah! ¿Con que ya lo quieres? (*Se lo da.*)

JUAN (*Levantando el trébol.*) Conejito, conejito, ven en mi ayuda.

EL CONEJO (*Entra corriendo.*) ¿Quién me ha llamado?

JUAN Ayúdanos a salir de esta rueda mágica.

EL CONEJO ¿Cómo no, si os debo la vida? Voy al bosque a preguntar a mis amigas las flores qué puedo hacer por vosotros. (*Se va.*) (*Mientras tanto, llegan las hadas y los duendes y bailan al compás de una pieza como "Leda". Al terminar, el Duende Verde trata de disculparse y dice:*)

DUENDE V. No tengo la culpa de que estén aquí.

LA REINA Sí, lo sé todo; son dos niños generosos, me los llevaré; de él haré un apuesto príncipe y de ella una linda princesa y juntos viviremos en mi palacio de estrellas. (*Llega el conejo.*)

EL CONEJO Reina, déjalos ir, ellos me salvaron la vida.

LA REINA ¿Te atreverías a dar la tuya por ellos?

EL CONEJO No soy más que un pobre conejito, pero si se necesita mi vida para libertarlos, tómala, tómala ya.

LA REINA (*Llamando a algunas hadas.*) ¡Hadas! ¡Hadas! Venid. Llevadlo a mi palacio, allí lo bañaréis en la fuente mágica. (*Dos o tres hadas se llevan al conejo.*)

JUAN ¿A dónde llevan al conejito?

LA REINA A mi palacio. El ha dado la vida por vosotros.

JUAN ¿Y lo mataréis?

LA REINA Esperad. Mientras tanto salid de esa rueda. (*Salen. Vuelven las hadas y el conejo.*)

LA REINA (*Tocándolo con la varita mágica.*) Recobra tu antigua forma, queda deshecho el encanto, ya

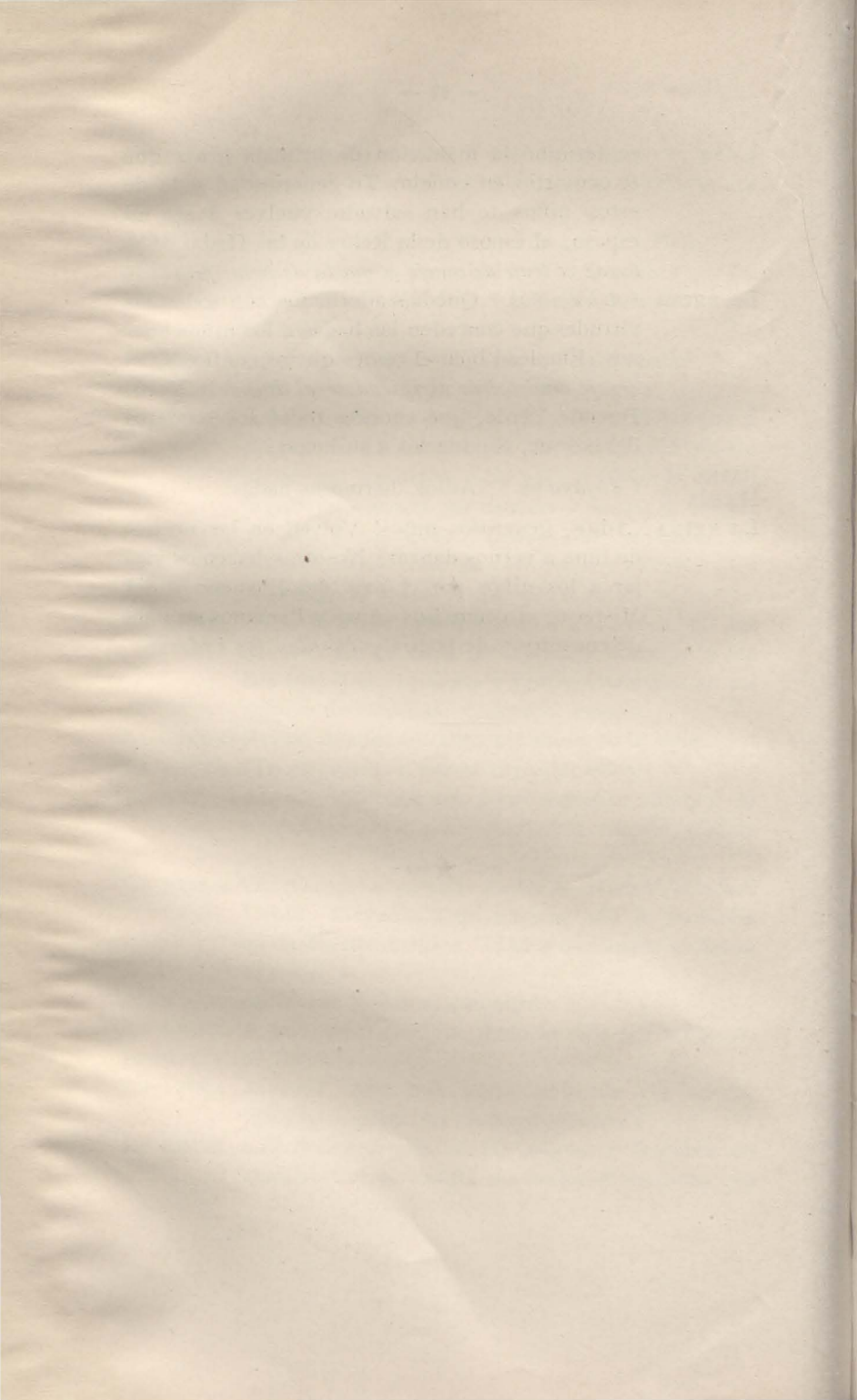
se terminó la maldición de la mala bruja que te convirtió en conejo. Tu generosidad y la de estos niños te han salvado; vuelves a ser mi esposo, el esposo de la Reina de las Hadas. (*Se le cae el traje de conejo y queda de príncipe.*)

LA REINA (*A los niños.*) Quedáis adornados con todas las virtudes que conceden las hadas a los niños buenos. Emplead bien el tesoro que os confío. (*Les arroja una bolsa; dirigiéndose al duende.*) Y tú, Duende Verde, que conoces todos los senderos del bosque, condúcelos a su hogar.

JUAN }
MARÍA } (*Alejándose.*) ¡Adiós, hermosas hadas!

LA REINA ¡Adiós, generosos niños! Volved en las noches de luna a vernos danzar. Nosotras hacemos viajar a los niños por el país del Ensueño y del Misterio, mecemos sus cunas y llenamos su vida de encantos y de poesía! (*Desfilan las hadas.*)





La nietecita

Para Asuncioncita Pérez Caliu

Escena: Una sala de gente rica. En una mesa un florero con flores marchitas, Regados en el suelo algunos juguetes de niña, entre los cuales habrá una muñeca rubia. Es de día.

Personajes: El ABUELO, LUISA (niña de 8 años) y FLORENCIA (una vieja criada).

ABUELO *(Entra y repara en los juguetes.)* ¡Oh criatura esta! Vean donde deja los juguetes. *(Empieza a recogerlos.)* No parece sino que el campo con sus brisas puras le hubiera trastornado el juicio. *(Al recoger la muñeca.)* ¡Ah, linda muñeca de cabellos rubios, cómo te quiere mi nieta, cómo te mima, cómo te acaricia! Si verdaderamente es una madre para ti. ¡Cuán dichosa eres! Porque, sabe, ella la que te quiere tanto, ella, mi adorada Luisa, ella... ¡no tiene madre! *(Pone la muñeca en la mesa.)* ¡Pobrecita mía! Nunca su sueño ha sido arrullado por el dulce canto materno, jamás sus labios han pronunciado el tierno nombre de "madre". Y así ha pasado ya ocho años en un hogar frío y mustio: entre el padre que es un hombre de negocios y yo, el abuelo, que la quiero tanto, más aún que a la hija muerta. ¡Dios mío! Alejadme estos tristes pensamientos. Pero no, ¡cómo alejarlos! Si sólo su presencia me los trae a cada momento. La nieta es tan parecida a la

hija, que a veces pienso que todo ha sido un sueño, que mi nieta es mi hija, dulce ilusión que alienta mi vida. Dejémosnos de ilusiones. Día llegará en que Luisa note el vacío que hay a su alrededor, que sienta que además del amor de padre y de abuelo está el de la madre, que pregunte a dónde se fué la que debía estar a su lado. ¡Qué día ese más triste, Dios mío! Permítid que nunca llegue. (*Se sienta. Hay un rato de silencio.*)

LUISA (*Entra corriendo. Trae un ramo de flores.*)
¡Abuelito! ¡Abuelito! Mira qué colores traigo de pasear al aire libre y bajo el ardiente sol.

ABUELO Vienes más linda que esos claveles rojos y que esas rosas empapadas de rocío.

LUISA Vieras cómo he gozado. Florencia me llevó por los sitios más lindos de la finca. Estuvimos a orillas del río, en la huerta, en el jardín y en las casitas de los labradores.

ABUELO ¿Y Florencia dónde se quedó?

LUISA No te enojés, abuelito. La dejé atrás. Viene con una gran canasta de frutas, regalo de Marcelo, el mandador, y además, ¿qué crees que trae? pero a la fuerza: mi sombrero y la bolsa de coger mariposas. Debe venir furiosa conmigo. Ahorita la verás entrar echando rayos.

ABUELO ¡Ah diablillo este! Eres insoportable. Dime una cosa, chicuela: ¿te gusta mi finca?

LUISA Muchísimo. Sólo lamento que habiendo sido tuya toda la vida, hasta ahora me traigas a conocerla. ¿Por qué ha sido así, abuelo?

ABUELO Porque no te quería traer hasta que tuvieras la edad suficiente para comprender las bellezas del campo.

LUISA Pero si aunque no las comprendiera, siempre es saludable respirar aire puro.

- ABUELO Bueno, deja eso. ¿Le has vuelto a escribir a tu padre?
- LUISA No le escribiré hasta que saques una fotografía mía. Pero oye bien, ha de ser vestida de campesina.
- ABUELO ¡Vanidosa!
- LUISA Nada de eso. Es para que no me conozca papá y me escriba preguntándome... (*Entra Florencia con una canasta de frutas, un sombrero y una bolsa de coger mariposas. Viene cansada.*)
- FLORENC. ¡Ave María Purísima, don Juan! ¡Qué Luisita para estar insoportable! Si parece que tiene azogue en el cuerpo. (*Pone la canasta en el suelo y se sienta.*) No se ha estado un momento quieta, y mire lo que me ha hecho traer.
- ABUELO (*Se pone de pie.*) Muy mal hecho, Luisa, muy mal hecho. Eso es abusar de la bondad de Florencia. Anda, guarda tu sombrero, la bolsa y esos juguetes. (*Luisa pone las flores sobre una silla y sale a guardar lo mandado.*) ¿Y qué tal de paseo, Florencia?
- FLORENC. Muy bien; ipero cómo alejar los recuerdos!
- ABUELO Ya lo sé, es imposible.
- FLORENC. Viera Ud. la tristeza que me dió recorrer los mismos sitios que hace muchos años recorrí con la mamá de Luisa.
- ABUELO Te parecería como a mí; que el tiempo no ha pasado y que la chiquilla de ahora es la misma de antes, ¡la pobre hija mía!
- FLORENC. Sí, don Juan, porque el parecido es asombroso.
- ABUELO ¡Ah! También tú has reparado en esa semejanza que es mi única ilusión.
- FLORENC. Las labradoras viejas se quedaban asustadas y me decían: "Si parece que es la misma, si tiene los mismos ojos, el mismo cabello castaño, la misma sonrisa traviesa". Yo, temiendo que come-

tieran alguna indiscreción les hacía de señas, porque no quiero que sepa que es huérfana, que nadie le diga nunca la terrible verdad.

ABUELO Eso es imposible, Florencia, y yo sospecho que ya todo lo sabe, pero que es tan buena, que llora y sufre sola por no entristecernos. (*Se sienta.*)

FLORENC. ¡Pobrecita! (*Aquí entra Luisa; coge las flores.*)

LUISA ¡Ah, mis flores! Voy a cambiarlas por esas marchitas del florero. (*Oliéndolas.*) ¡Cuán rico huelen! Si parece que todo el campo estuviera en ellas. ¿No es verdad, abuelo? (*Se las acerca.*)

FLORENC. (*Yéndose.*) Y yo me voy a la cocina, porque tengo mucho que hacer.

LUISA (*Corre y se le cuelga del brazo.*) ¿Me llevarás a pasear mañana?

FLORENC. ¿Todavía te atreves a hacerme esa pregunta? Pero... bueno, si me prometes ser más formal, iré contigo. Tanto te quiero, que todo te lo soporto y te lo perdono.

LUISA Vas a ver, me portaré como una santa. (*Se pone a arreglar las flores. El abuelo la contempla.*)

ABUELO (*Después de un rato.*) Si es lo mismo que ella, amante de las flores, alegre y bulliciosa. ¿Por qué será tan parecida? Su mismo cuerpo, el mismo carácter, el mismo corazón inocente y bondadoso. (*Se pone de pie.*) ¡Ella, mi hija, otra vez aquí a mi lado, tal como si Dios me la hubiera devuelto!

LUISA (*Asustada.*) ¿Qué tienes, abuelo? ¿Por qué hablas solo?

ABUELO Recitaba algo que aprendí en la infancia.

LUISA ¿Y me lo puedes repetir para aprenderlo?

ABUELO Es tan triste, Luisa, es tan triste que ¿para qué? Jamás te he visto afligida.

LUISA Si vieras que me encantan las cosas tristes.

Cuando se pasa la vida como yo, entre risas y entre juegos, ¡es tan dulce tener unos instantes de tristeza, estrujar el corazón para que a los ojos asomen lágrimas y después... sonreír, sonreír como siempre!

ABUELO ¿Quién te ha enseñado eso?

LUISA Eso nadie lo enseña; eso se siente.

ABUELO Y tú, ¿has sentido tristeza alguna vez? No lo puedo creer. Te muestras siempre tan ruiseña y placentera. (*Se sienta.*)

LUISA (*Acercándose.*) Así parece..... pero cabalmente durante el paseo descubrí algo que me hizo sentir la pena mayor de mi vida.

ABUELO Pero, si venías tan alegre.

LUISA Venía alegre para que no notaras nada.

ABUELO ¿Y se puede saber tu descubrimiento?

LUISA Mejor no decírtelo, abuelo. Ahora soy yo la que no quiero affigirte.

ABUELO Nada importa. Dímelo.

LUISA Pues figúrate, que allá en la corteza de uno de los hermosos árboles del jardín, vi escrito mi nombre con todas sus letras.

ABUELO ¿Quién lo escribiría?

LUISA Eso pensé en el primer momento, pero después vi que estaba también la fecha de un año muy lejano. Ese nombre fué escrito por otra o para otra Luisita.

ABUELO Alguna otra Luisita que estuvo de paso en esta finca.

LUISA Sí, una Luisita que estuvo de paso y que se fué... para ya nunca más volver.

ABUELO Calla, hija, calla.

LUISA No callaré, abuelo. ¿Verdad que me dirás la verdad? Prefiero la verdad a la duda en que vivo.

ABUELO ¡Cuál duda?

LUISA La duda que ya es certeza para mí. Porque

aquel nombre es el de una persona que debía estar junto a mí; una persona que se fué para siempre, privándome de sus caricias, de sus desvelos. Ese nombre se me oculta, pero el propio instinto me lo ha revelado.

ABUELO Basta. Por favor, calla.

LUISA La Luisita del árbol no soy yo, es..... icómo decírtelo, abuelo! es el nombre de la dulce madre mía. (*Llora sobre el hombro del abuelo.*)

ABUELO Sí, Luisa, es verdad. Ella llevaba tu nombre y tenía un corazón de oro como el tuyo. Vivió mucho tiempo en esta finca. Por eso no quería traerte a mi lado. Bien presentía yo, que aquí debías saber la amarga verdad.

LUISA ¿Para qué engañarme? Si ya la sabía.

ABUELO Nadie te la pudo haber dicho.

LUISA Nadie; sólo el corazón. Cuando pequeñita, me llenaban de confites, de juguetes, de comodidades; pero nunca estaba satisfecha. Ansiaba algo y no sabía qué era. Más tarde, en la escuela todas las conversaciones de mis compañeras giraban alrededor de una mamá que se quedaba en la casa con las hermanitas rubias, de una mamá que las dormía cantándoles lindas canciones, de una mama muy blanca y de largas trenzas con quien salían a paseo. Entonces, sólo entonces, comprendí que era huérfana, porque yo no tenía mamá para hablar de ella con mis amigas.

ABUELO ¿Y el nombre grabado en el árbol te lo acabó de decir todo?

LUISA Ese nombre y otras muchas cosas. Desde mi llegada a la finca vi en los rostros de los viejos campesinos compasión y asombro; compasión por mi orfandad, y asombro, porque me encuentran parecida a alguien, y ese alguien no puede ser más que mi madre.

ABUELO Te pareces tanto que a veces pienso que eres mi hija, que los años no han pasado y que soy joven y fuerte como antes. Pero esa ilusión termina hoy.

LUISA ¿Por qué?

ABUELO Porque la pena marchitará la inocente alegría de tu alma. Ya no tendré el consuelo de tus alegres carcajadas ni el de tu rostro siempre risueño.

LUISA ¿Y si te digo, abuelo, que no será así? Que debemos hacerle frente al dolor y sacar fuerzas de él para seguir viviendo?

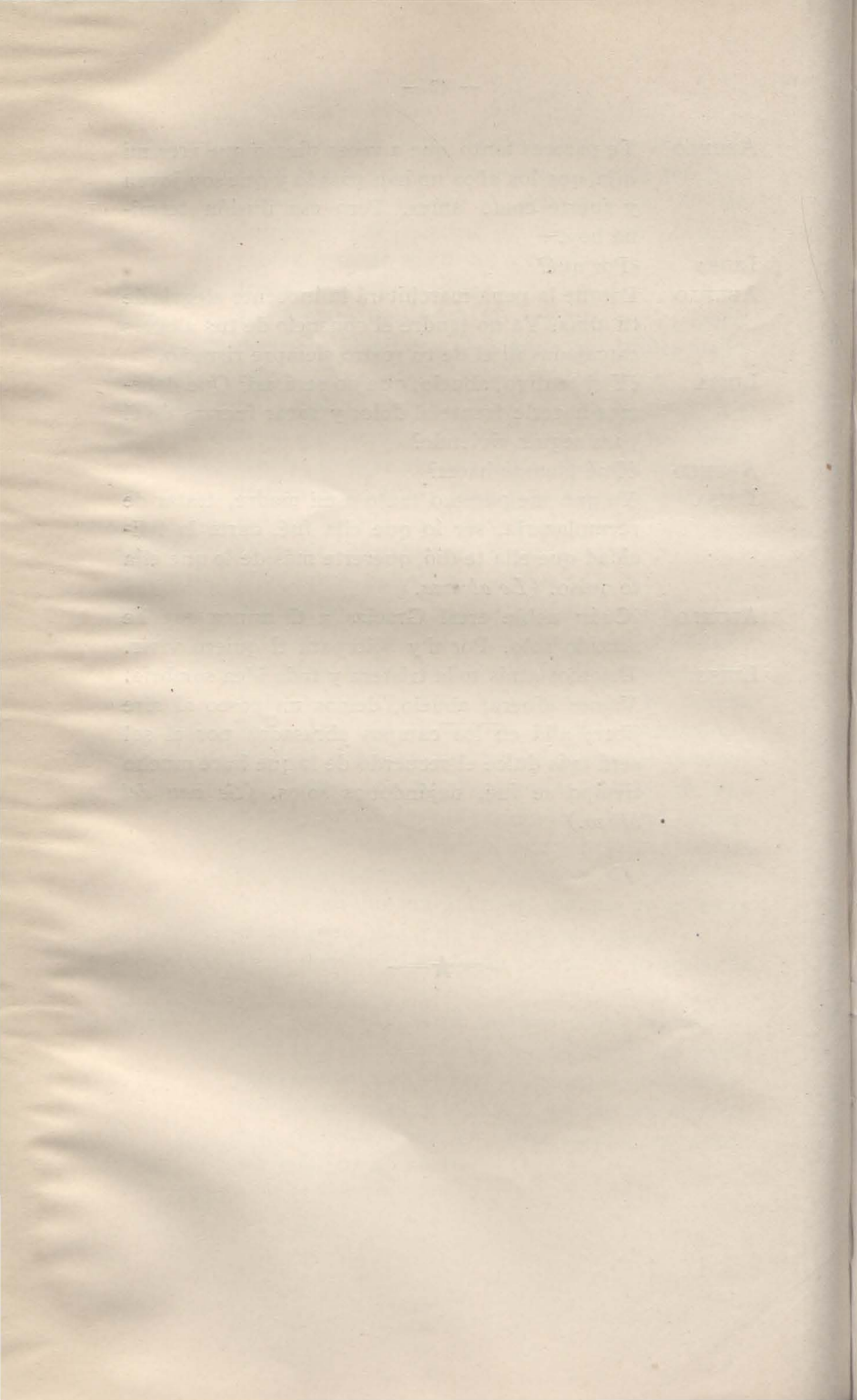
ABUELO ¿Qué piensas hacer?

LUISA Ya que me parezco tanto a mi madre, tratar de reemplazarla, ser lo que ella fué, darte la felicidad que ella te dió, quererte más de lo que ella te quiso. (*Lo abraza.*)

ABUELO ¡Cuán noble eres! Gracias a ti nunca me he sentido solo. Por ti y sólo para ti quiero vivir.

LUISA Dejemos atrás toda tristeza y toda idea sombría. Vamos afuera, abuelo, demos un paseo al aire libre; allá en los campos abrasados por el sol será más dulce el recuerdo de la que hace mucho tiempo se fué, dejándonos solos. (*Se van del brazo.*)





Las dos rosas

(Arreglo de un diálogo filosófico)

Para Violeta y Lucita Gamboa Gamboa

Escena: Un jardín.

Personajes: La JARDINERA (niña de 10 años). La ROSA TEMPRANERA y la ROSA MARCHITA (dos niñas con trajes apropiados).

JARDINERA (*Sale con unas tijeras cortando flores. Cuando ya tiene un buen ramo se acerca a la Rosa Tempranera y a la Marchita que están juntas y hace ademán de cortarlas. Se detiene.*) Es un jardín todo lleno de luz, de armonía y de flores. Mis manos cortan despiadadas ya una margarita, ya un rojo clavel, ya un perfumado jazmín. De pronto me acerco a un rosal; ahí no hay más que dos rosas; las dos tienen un lindo color rojo, las dos están en la misma rama; la una está al marchitarse, la otra es una rosa tempranera, más bien un capullo; a las dos las acaricia blandamente la brisa templada de un amanecer de mayo. Ya mis manos de jardinera van a cortar los dos tallos verdes, cuando oigo un rumor de pétalos; me pongo a escuchar. Son las dos rosas que hablan. Oídlas. (*Se sienta o se arrodilla a un lado.*)

MARCHITA Buenos días, Rosita.

TEMPR^a Felices, doña Rosa. ¿Ha descansado?

MARCHIT. ¡Imposible! ¿Quién podrá descansar con este viento infernal?

TEMPR^a ¡Ud. sueña, doña Rosa! El aire no tiene hoy fuerza para mover una rama.

MARCHIT. Tal vez Rosita, tal vez; pero las mismas cosas son muy diferentes, sólo porque ocurran en días distintos.

TEMPR^a ¿Y qué más da miércoles que jueves?

MARCHIT. Para ti lo mismo.

TEMPR^a ¿Y para Ud.?

MARCHIT. No, un día más son muchas horas menos, y ese viento que no tiene fuerza para mover la rama del rosal es muy sobrado para arrancar mis hojas. Míralas por el suelo. (*Deja caer unos pétalos.*)

TEMPR^a La culpa es de Ud. por no sujetarlas bien.

MARCHIT. Tienes razón, pero tú serás rosa algún día y entonces tendrán razón contra ti los capullos que hayan brotado.

TEMPR^a Eso está muy distante...

MARCHIT. Así pensaba yo hace ocho días.

TEMPR^a ¡Ocho días! ¿Pero de veras tiene Ud. ya ocho días? ¡No creí que fuera Ud. tan vieja doña Rosa!

MARCHIT. La vida se va muy pronto... Rosita, y además ocho días no son nada.

TEMPR^a ¿Que no son nada?

MARCHIT. ¡Nada! Figúrate que ese gusano que se arrastra por el suelo lleva tres meses de vida, aquella avecilla hace dos años que canta y vuela por entre los árboles y las niñas que juegan en este jardín tienen casi todas diez años.

TEMPR^a ¡Qué bello debe ser vivir tanto como las niñas!

MARCHIT. Sí, ¡muy hermoso debe ser!

TEMPR^a ¡Dichosas ellas que pueden alegrar y perfumar la vida mejor que nosotras y durante tanto tiempo!

MARCHIT. Así dices, pero la mayor parte de esas niñas

no saben apreciar el tiempo y en lugar de esparcir luz en el jardín de la vida lo ensombrecen y en lugar de perfumarlo lo envenenan.

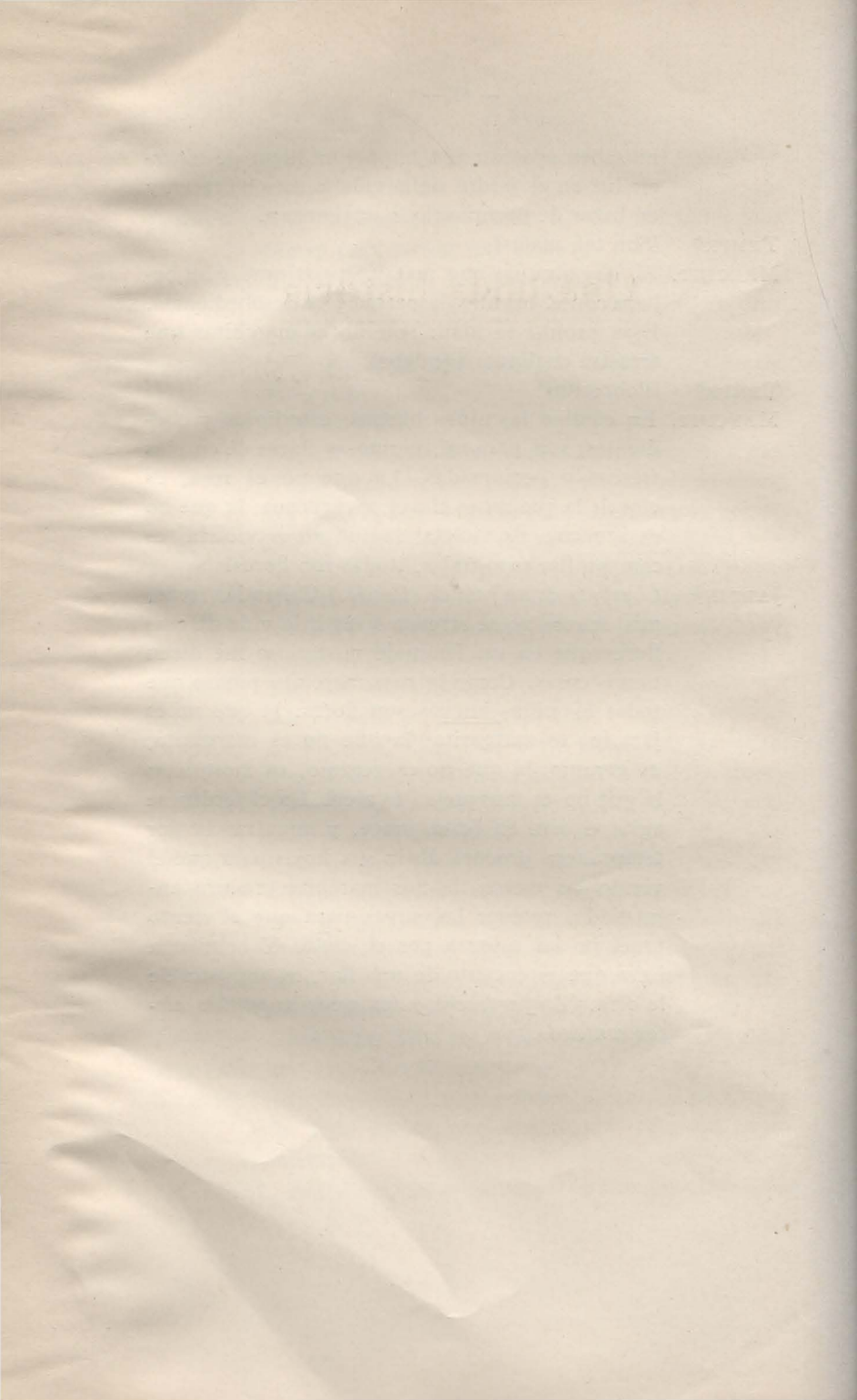
TEMPR^a ¿Son tan malas?

MARCHIT. Sí, hay algunas que matan su perfume y su belleza con el orgullo, la pereza y la desobediencia. Ésas pronto se ajan: son flores marchitas que arrastra cualquier vendabal.

TEMPR^a ¡Pobrecitas!

MARCHIT. En cambio las niñas buenas, estudiosas y obedientes, son para mí, hermosas flores de corolas frescas y perfumadas. La que no es rosa, es clavel; la que no es clavel, es azucena; la que no es azucena, es violeta; la que no es violeta, es campanilla; pero todas, ¡todas son flores!

JARDIN^a (*Después de un rato de silencio.*) Callan las rosas, mis manos no se atreven a segar la vida de esas flores que en un lenguaje misterioso me dicen tantas cosas. Como la rosa marchita pienso que todas las niñas buenas son flores: la que no es jazmín, es margarita; la que no es margarita, es geranio; la que no es geranio, es mosqueta; la que no es mosqueta, es alelí. En el jardín se agita el aire en brisa suave, y mientras la flor tempranera procura abrir sus hojas para que el viento las mezca, la flor marchita procura angustiada, retener las suyas para que el viento cruel no las esparza por el suelo. Y la misma brisa que es encanto de una flor, es angustia de la otra. (*La jardinera y las rosas se pueden alejar cantando.*)



Una linda historia

Para Carmencita Jiménez Olivas

Escena: Un jardín.

Personajes: La NIÑA y la MARIPOSA.

(Sale la mariposa volando por el jardín. Después de un rato entra la niña con una bolsa de coger mariposas y la persigue. Por fin se cansa y deja de volar.)

MARIPOSA Detente un momento, linda chicuela. No me cojas. No encierres mis encantos en esa horrible bolsa.

NIÑA Es en vano, mariposita. Te cogeré. Eres muy bella y quiero conservarte. *(Vuelve a perseguirla.)*

MARIPOSA Apiádate de mí. Déjame volar libre y feliz y tendrás un premio.

NIÑA ¿Un premio?

MARIPOSA Sí, el premio de saber mi historia.

NIÑA ¿Será esa historia más linda que los colores de tus alas?

MARIPOSA ¡Más bella aún!

NIÑA ¿Y quién me la referirá?

MARIPOSA Yo misma.

NIÑA Si es así, te perdono.

MARIPOSA Advierte que nadie sabe mi historia.

NIÑA ¿No te gusta contarla?

MARIPOSA ¿Para qué? Muy pocos son los niños que se interesan por los animales y más pocos aún los que nos protegen.

- NIÑA Eso lo dices por mí.
- MARIPOSA Por ti y por todos. Ya empiezo. Nací en una hermosa mañana de abril, en una mañana tan linda como ésta.
- NIÑA ¿Cómo se llamaba tu mamá?
- MARIPOSA Se llamaba Turquesina, porque era de un precioso color azul. Lo primero que hice fué extender las alas.
- NIÑA ¡Qué envidia sentirían las otras mariposas, porque son tan lindos los colores de tus alas!
- MARIPOSA ¿Sabes? No reparé en eso. Estaba con las alas extendidas cuando mi madre me dijo: «hija mía, puedes volar ya, pórtate bien y serás feliz.»
- NIÑA ¿Y a dónde te fuiste?
- MARIPOSA Crucé prados y campos hasta que llegué a un inmenso jardín donde había toda clase de flores: rosas, claveles, violetas, pensamientos.
- NIÑA ¿Y esas flores te recibieron bien?
- MARIPOSA Muy bien. Ahí fuí feliz. Todas las flores me regalaban con el perfume y la miel de sus corolas; yo en cambio, llevaba el polen de unas a otras para fecundizarlas.
- NIÑA ¿Quién te alejó de ese jardín?
- MARIPOSA Unas yerbas rastreras que crecieron al pie de un rosal y que se complacían en hablar mal de las flores y de mí.
- NIÑA ¿Qué decían de ti?
- MARIPOSA Que yo no era flor, que yo era una intrusa en el jardín. Por evitar murmuraciones me fuí.
- NIÑA ¿Sin rumbo seguramente?
- MARIPOSA Sin ningún rumbo. En el camino me encontré una pajarita que me llevó a su nido colocado en un frondoso árbol.
- NIÑA ¿Había pajaritos en el nido?
- MARIPOSA Aguarda niña. No había más que cuatro huevecitos. La pájara me dió albergue con tal que le

cuidara los huevecillos, de los cuales salieron al poco tiempo cuatro avecitas.

NIÑA ¿Te querrían mucho?

MARIPOSA ¡Qué va! Apenas pudieron volar se fueron del nido junto con la madre.

NIÑA ¿Y qué fué de ellas?

MARIPOSA No lo sé. Jamás las volví a ver. Después estuve en diferentes lugares. Un día descansaba en una ventana. Miré hacia adentro. Un niño se complacía en atravesar con alfileres los cuerpos de muchas mariposas.

NIÑA Seguramente hacía una colección.

MARIPOSA ¡Pobrecitas hermanas mías! Allí estaban con todos sus hermosos colores, pero ya sin vida.

NIÑA ¿Qué pensaste entonces?

MARIPOSA Pensé que hay niños más malos que las yerbas rastreras del jardín y que los pájaros que me olvidaron.

NIÑA ¡Pero no todos los niños somos malos!

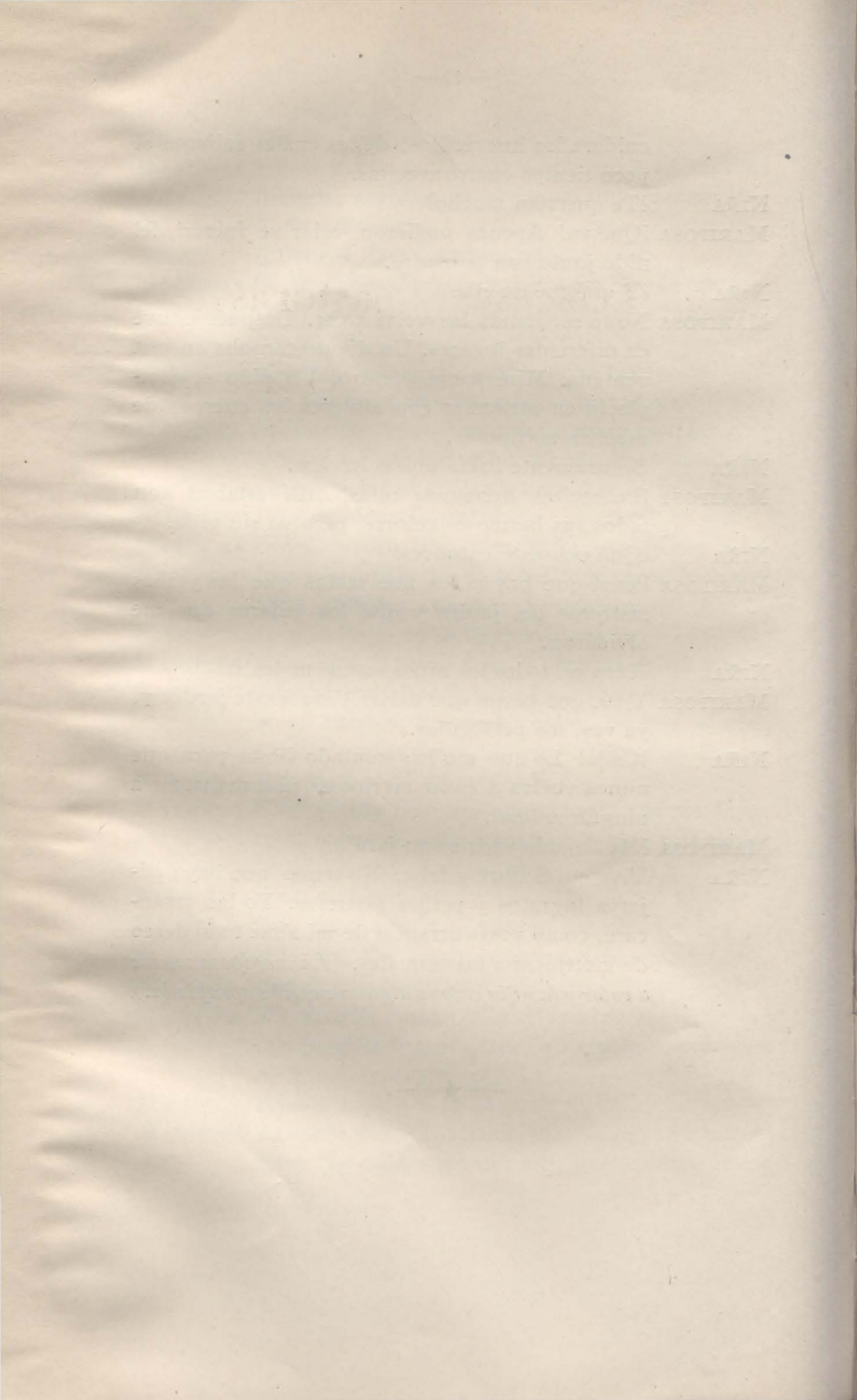
MARIPOSA Y tú, qué tienes que decir? Vine a este jardín y, ya ves, me perseguías.

NIÑA ¡Calla! Lo que me has contado basta para que nunca vuelva a cazar mariposas ni a maltratar a ningún animal.

MARIPOSA ¿Me dejarás vivir en tu jardín?

NIÑA Vive en él libre y feliz. No temas que haya pájaros ingratos y yerbas rastreras. Yo las arrancaré, como voy a arrancar de mi alma todo deseo de mortificar a los animales. (*La mariposa vuelve a volar y la niña entona alguna canción apropiada.*)





Princesas y pastoras

Para Alicia y Elena Jiménez Castro

Escena: Una habitación de un palacio real. Lujosos muebles, piso alfombrado, macetas, almohadones, cortinajes, y unos cuantos libros sobre una mesa. Es un poco después de mediodía.

Personajes: MARÍA y TATIANA, dos princesitas reales de 8 y 10 años respectivamente. GENOVEVA, pastora de los alrededores, niña de 9 años.

(Sale Tatiana con aire de persona aburrída, mira indecisa a todos lados, se fija en los libros, lee los rótulos por fin coge uno y se sienta a leer en un sofá. Al poco rato lo arroja a un lado y se queda pensativa y triste. Un momento después entra María jugando con una bola.)

MARÍA ¿Qué haces ahí tan triste, Tatiana?

TATIANA Nada. Trataba de distraer mi aburrimiento con la lectura, pero es en vano. Y tú ¿de dónde vienes?

MARÍA De dar una vuelta por el jardín, el sitio más tranquilo del palacio.

TATIANA Si Luisa, nuestra institutriz, nos quisiera llevar a pasear al campo...

MARÍA Ni pienses en eso. La acabo de ver y me comunicó que se iba a retirar a sus habitaciones porque se sentía enferma.

TATIANA Y a mamá, ¿la has visto? Pudiera ser que ella nos acompañara.

MARÍA ¿En qué mundo vives, Tatiana? ¿No recuerdas que hoy nuestro padre da un banquete a unos ministros extranjeros, y ella, como esposa del rey, tiene que asistir?

TATIANA El resumenes que hoy domingo, con un tiempo tan lindo como está haciendo...

MARÍA Permaneceremos encerradas. No hay otro camino. *(Coge el libro que dejó Tatiana y se sienta a hojearlo.)*

TATIANA *(Después de un corto silencio.)* ¡Triste cosa es ser princesas! ¡Si fuéramos unas labradorcillas estaríamos en el bosque cogiendo frutas y tejiendo guirnaldas de flores bajo la grata sombra de los frondosos árboles!

MARÍA E iríamos solas; no con el ejército de criados que nos sigue a todas partes.

TATIANA ¡Cuán deliciosas nos serían unas cuantas horas de libertad!

MARÍA Si te atreves podemos tener esas horas que sueñas. Si quieres hoy mismo las tendremos...

TATIANA *(Levantándose.)* ¿Cómo, María?

MARÍA *(Cerrando el libro.)* Muy sencillo. Mira: es la una de la tarde. *(Le enseña el reloj de pulsera.)* A las dos es el banquete. La servidumbre está muy atareada, nuestros padres se preparan para la regia fiesta. En estos momento nadie se acuerda de nosotras. Nos escapamos por la puerta de los criados, y... al bosque a respirar aire puro.

TATIANA Muy hermoso es tu plan, pero muy atrevido. El bosque es inmenso; no conocemos sus senderos y corremos el riesgo de perdernos. Además, no me gustaría que nos reconocieran. Bien es cierto que podríamos disfrazarnos de campesinas, ¿pero con qué trajes? Nuestro guardarropa tan sólo encierra vestidos de seda, encaje, raso y terciopelo.

MARÍA Tienes razón. Ya que mi plan es imposible, piensa en algo que nos pueda distraer dentro del palacio. *(Se pone a ordenar los libros desarreglados por Tatiana; ésta coge la bola y se pone a jugar.)*

TATIANA Si al menos vinieran algunas de nuestras amiguitas, nos divertiríamos un poco. Por ejemplo: las princesas del Pinar, las dos duquesitas de la Giralda, Eugenia de Borbón Oliver.

MARÍA ¿Para qué quieres que vengan todas esas chiquillas que son nuestras iguales? De memoria me sé sus conversaciones, sus juegos, su odiosa zalamería. Con ellas me sentiría doblemente aburrida. Hay una niña que si viniera, ¡adiós, fastidio!

TATIANA ¿Quién es ella?

MARÍA ¡Genoveva!

TATIANA ¿La pastorcita que todos los días nos trae flores?

MARÍA La misma.

TATIANA ¡Simpática es esa niña!

MARÍA Simpática no, encantadora. Tiene una sonrisa que aleja toda tristeza, una mirada llena de ternura, un noble y bondadoso corazón.

TATIANA Es tan linda como las flores que nos trae.

MARÍA Más linda aún. Desgraciadamente nunca la dejan penetrar a nuestras habitaciones. Los que rigen nuestras vidas piensan que las princesas y las pastoras no pueden ni deben comprenderse. Triste pensamiento que nos aleja de una de las niñas más buenas que he conocido. (*Se sienta y se queda pensativa. Tatiana sigue jugando bola. Después de un corto silencio entra Genoveva, vestida de pastora. Trae un ramo de flores silvestres, una canasta y unas fresas y moras envueltas en un pañuelo de vistosos colores.*)

GENOVE. ¡Princesitas!

TATIANA }
MARÍA } ¡Genoveva! (*María corre a abrazarla.*)

MARÍA Qué casualidad, hablábamos de ti.

GENOVE. Muchas gracias por semejante honor.

TATIANA Pero ¿cómo es que te han dejado entrar?

GENOVE. Muy sencillo. Vine como de costumbre a dejar

mis flores y como en la puerta no encontré quién me las recibiera, me atreví a penetrar en las habitaciones de la servidumbre. Ningún criado se encontraba allí.

MARÍA Es claro. Hoy los tienen a todos ocupados en el banquete.

GENOVE. Viendo que nadie me salía al paso subí por una escalera desconocida, de repente oí vuestras voces y aquí estoy...

TATIANA Y te estarás con nosotras bastante rato, ¿verdad, Genoveva?

GENOVE. Todo el tiempo que pueda, princesitas. Mirad, os traigo flores y frutas del bosque.

MARÍA Dame a mí las flores. (*Tomándolas.*) ¡Qué hermoso ramo! De éstas no hay en nuestro jardín, son flores silvestres llenas de rocío y de perfume.

GENOVE. En la montaña se encuentran por todos lados.

MARÍA Mientras que aquí, sólo vemos las que tú generosamente nos regalas. (*Coloca las flores en un jarrón.*)

TATIANA Dame a mí las frutas. (*Extiende el pañuelo en una mesa.*) ¡Qué delicia! Fresas y moras. Parece que hubieras adivinado mi gusto. (*Coge algunas y come.*)

GENOVE. Las recogí esta mañana. Busqué las más hermosas y maduras.

TATIANA Están dulces, muy dulces. Pruébalas, María. (*Le da unas.*)

MARÍA (*Después de probarlas.*) Son como la miel. Tienen un sabor distinto a las que diariamente probamos en la mesa. (*Genoveva se sienta.*)

GENOVE. Será por...?

TATIANA Es porque esas frutas lo mismo que las flores crecen libremente, sin los cuidados de un jardinero. Es también... Genoveva... porque no estaban destinadas, las flores, para adornar salas

reales y las frutas para bocas de princesas. (*María y Tatiana siguen comiendo frutas.*)

GENOVE. Bueno, pero os traigo también... adivinad lo que encierra esta canasta. (*María y Tatiana rodean a la pastora.*)

TATIANA ¿Algún pájaro de montaña?

GENOVE. ¡No!

MARÍA ¿Huevecillos de colores?

GENOVE. Nada de eso. Oídme. (*Las princesas se sientan.*)

A los niños nos gusta jugar de lo que no somos, de lo que nunca podremos ser. Allá en el bosque, en las noches apacibles, bajo la suave claridad de la luna, nos reunimos las pastorcillas a jugar a que somos princesas y reinas, a que tenemos soberbios castillos, lujosos vestidos, dinero en abundancia.

MARÍA ¿Divertido será ese juego?

GENOVE. Por lo menos pone un poco de encanto en nuestra vida humilde y pobre. Pues bien, a vosotras que sois princesas verdaderas tal vez os gustará jugar a que sois pastoras, a que tenéis un rebaño que cuidar, una cabaña por vivienda, un pedazo de pan y un vaso de leche de cabra por todo alimento.

TATIANA De hoy en adelante no jugaremos más que de pastoras.

GENOVE. Para que sea más hermoso vuestro juego mi buena madre os ha hecho dos trajes semejantes a los míos. Miradlos. (*Abre la canasta y saca dos trajes de pastora.*)

MARÍA (*Extendiéndolos.*) ¡Qué lindos, qué lindos son!

TATIANA Dile a tu madre, Genoveva, que le estamos muy agradecidas por su precioso regalo.

GENOVE. Más agradecida está ella de vuestra bondad para conmigo. (*Se levanta.*) Este de la falda azul es para ti, princesa Tatiana, y éste del color de las

- amapolas es tuyo, princesa María. (*Se los entrega.*)
- MARÍA No nos digas princesas. Todos nos dicen así. Tráтанos como si fuéramos tus iguales, tus amigas. Llámarnos por nuestros nombres: Tatiana y María. (*Tatiana registra la canasta y saca un ovillo de lana, unas agujas y una labor a medio hacer.*)
- TATIANA ¿Qué es esto?
- GENOVE. ¡Ah! es mi trabajo de los ratos desocupados. Mientras mis cabras pacen tranquilas me entretengo en tejer.
- MARÍA (*Examinando la labor.*) Muy delicada es tu labor. ¿Quién te enseñó la puntada?
- GENOVE. Mi madre; ella me ha enseñado todo lo que sé.
- TATIANA ¿Nunca has tenido maestros?
- GENOVE. Jamás.
- MARÍA Dichosa que no te cansan la cabeza con tanta cosa inútil. Considera que nosotras tenemos fuera de la institutriz que nos da muchas lecciones, maestra de baile, de pintura, de bordado, de música. Estamos aprendiendo a tocar: piano, violín, arpa y guitarra.
- GENOVE. Ya veo que no podría ser princesa. Mi pobre cabeza no resiste el estudio.
- TATIANA (*Vuelve a examinar la labor.*) ¿Qué es lo que tejes?
- GENOVE. Un abrigo para el hermano menor.
- MARÍA ¿Tienes hermanos?
- GENOVE. (*Guarda la lana.*) Dos que me hacen muy feliz.
- TATIANA Dinos sus nombres.
- GENOVE. Carlota se llama la mayor, tiene cuatro años, es alegre y vivaracha, sus cabellos son del color del trigo maduro y sus ojos semejan pedacitos de cielo. Marcos, el menor, hace apenas seis meses que el buen Dios lo mandó a nuestra cabaña. Ese... sólo sabe sonreír.

- MARÍA ¿Juegas mucho con ellos?
- GENOVE. Naturalmente. En las tardes, mi mayor placer es charlar con la rubia Carlota y mecer la cuna donde Marcos duerme feliz. Pero vosotras, ¿también tenéis un hermano?
- TATIANA Sí, el príncipe Alejandro, el heredero de la Corona.
- GENOVE. ¿Debéis quererle mucho?
- MARÍA Le amamos con toda el alma. Desgraciadamente casi nunca le podemos demostrar nuestro cariño.
- GENOVE. ¿Por qué razón?
- TATIANA Desde hace mucho tiempo vive a nuestro lado pero como un extraño. Es el futuro rey y como tal, tiene que aprender la lección del sacrificio.
- MARÍA Tú sabes que el sacrificio más grande es no gozar del cariño de los seres queridos, aparentar indiferencia cuando los vemos. A Alejandro le es prohibido jugar con nosotras, hablarnos sin la debida cortesía, penetrar a nuestras habitaciones.
- GENOVE. ¡Qué triste debe ser la vida así!
- MARÍA Muy triste. Apenas tiene doce años y cuenta más ocupaciones que un hombre de cuarenta, Cada hora del día señala para él, un deber diferente.
- TATIANA ¡Pobre hermano mío! Esclavo de sus libros, de sus estudios, de sus maestros. ¡Esclavo del destino que lo hizo nacer rey!
- GENOVE. ¿Y nunca habéis jugado con él?
- MARÍA Sí, de pequeñito jugaba con nosotras en el jardín, corríamos por los amplios corredores, íbamos a los estanques a arrojar migas de pan a los pececillos y, después... muy cansados, reclinábamos la cabeza en el regazo de la buena mamá.
- TATIANA Felices horas aquellas, que ya nunca volverán.
- MARÍA Alejandro todavía se acuerda de esos dichosos días. Cuando nadie le ve; cuando no hay testi-

gos, corre a nuestro lado, nos abraza, y muy de prisa nos besa, aquí en la frente, diciéndonos: «hermanitas, en recuerdo de los pasados tiempos». Y se aleja presuroso.

GENOVE. (*Levantándose.*) La que se debe alejar soy yo, hace rato estoy aquí.

TATIANA ¿Te vas? Tienes razón. Sientes ya la nostalgia de tu bosque, de tu casita, del amor de los tuyos.

MARÍA Tatiana, es la hora de escaparnos al bosque.

GENOVE. ¿Tenéis ganas de pasear al aire libre!

TATIANA Sí, pero...

MARÍA Genoveva nos llevará. Ella conoce todos los senderos. ¿No es así?

GENOVE. Los conozco como mis manos y me sentiría muy contenta si vinierais conmigo. Está el bosque tan lindo, hay tantas flores y frutas.

MARÍA (*Insistiendo.*) Vamos, estaremos de vuelta antes del anochecer.

TATIANA Ya te dije que iría si pudiéramos disfrazarnos.

MARÍA Por eso no dejemos de ir. Con estos dos trajes... (*Le enseña los trajes de pastora.*)

TATIANA ¿Iremos de pastoras?

MARÍA Sí, como las princesas de los cuentos, que se van a los campos vestidas de zagalas.

TATIANA (*Sonriendo.*) Me agrada tu idea. Bueno, vamos a vestirnos. Aguárdanos, Genoveva, no tardaremos. (*Se van.*)

GENOVE. ¡Pobres princesitas! Viven rodeadas de esplendor y de lujo y sin embargo, no son felices. Ansían la humilde florecilla silvestre, el aire que yo respiro, el agua cristalina de la fuente, la brisa que juega entre las hojas. (*Se queda pensativa; al rato, con aire desdenoso hojea un libro; María y Tatiana entran.*)

MARÍA Aquí nos tienes. ¿Qué tal nos va el nuevo traje?

- GENOVE. Os aseguro que en el bosque nunca han penetrado dos pastorcitas tan lindas.
- TATIANA ¿Nos hará falta algo?
- GENOVE. Sí, algunas flores para hacer más real la ilusión. Aguardad. (*Va y coge flores de las que trajo y adorna con ellas los cabellos y trajes de las princesas.*)
- MARÍA (*Mientras la adornan.*) Dime, Genoveva ¿en el bosque se pueden coger todas las flores que uno quiera?
- GENOVE. Puedes coger hasta cansarte.
- TATIANA ¿Nos llevarás al sitio donde crecen las fresas y las moras?
- GENOVE. Es claro. Como que es uno de los sitios más lindos.
- MARÍA ¿Y en la fuente podremos beber agua en el hueco de la mano?
- GENOVE. Nadie hay ahí para impedirlo.
- TATIANA Mira, queremos ir a tu cabaña.
- GENOVE. Pero mi cabaña no es un palacio, es una pobre, muy pobre vivienda.
- MARÍA No importa.
- GENOVE. No tenemos ni alfombras, ni cortinajes, ni jarrones de oro.
- TATIANA Mucho mejor.
- GENOVE. Tampoco encontraréis deliciosos manjares. Nuestro alimento se compone de leche de cabra, pan blanco y algunas frutas silvestres. De todo eso os daré en abundancia.
- MARÍA ¡Qué felicidad! Hasta que se me hace la boca agua.
- TATIANA ¿Nos dejarás acariciar y jugar con tus hermanos?
- GENOVE. Será una nueva dicha para ellos. (*Al terminar de ponerles las flores.*) Ya estáis listas.
- TATIANA (*Abrazándola.*) Entonces... vámonos. (*Dan unos cuantos pasos.*)

MARÍA (*Que va atrás.*) En puntillas para que no nos oigan.

TATIANA Vamos al bosque, Genoveva; a ese bosque donde tú, en las noches apacibles sueñas a que eres princesa, y donde nosotras, a la luz del día, soñaremos a que somos pastoras. (*Se van.*)



¡Inocencia!

Para Dorita y Miguel Angel Esquivel Murillo

Escena: Una sala-oficina en la cual se encontrarán los siguientes muebles: un escritorio lleno de papeles y de libros, un estante con libros, varias sillas y un sillón.

Personajes: La ABUELA, LETICIA, AMALIA y MANUEL (niños de 6, 8 y 9 años respectivamente).

ABUELA *(Al salir con un librito de oraciones en la mano.)*
Vamos a ver si en este rincón de la casa puedo rezar tranquila la novena del Niño Dios. Empezándola hoy, la termino precisamente el día de Noche Buena. Quiero rezar ahora porque de noche ya mis ojos cansados no ven las menudas letras. Pero en esta casa no hay tranquilidad. *(Se sienta en el sillón.)* Con esos muchachos... Si me siento en el jardín allí están ellos rodeándome para que les cuente historias; si voy a la cocina se van detrás para que les haga cremas; si abro un armario registran hasta lo último. En fin... son terribles. Sin embargo, ilos quiero tánto! Pero vamos a lo que venía, empecemos la novena. *(Comienza a leer; poco a poco se va quedando dormida.)*

MANUEL *(Entra en puntillas.)* ¡Leticia y Amalia, vengan! *(Entran las niñas.)* Es la hora de hacer la carta. Papá salió, mamá anda en las tiendas y la abuela, *(señalándola)* ved cómo duerme.

- LETICIA (*Se acerca al sillón.*) Y bien dormida que está.
- AMALIA ¿Encontraremos en el escritorio todo lo necesario para escribir una carta?
- MANUEL Pues claro, mujer. Aquí tienes el tintero, el mango de pluma, el papel y una caja llena de plumas. (*Le muestra esos objetos.*)
- LETICIA ¿Y quién la va a escribir?
- MANUEL No has de ser tú, porque no sabes ni la *o* por redondo.
- LETICIA ¿Y Amalia que tiene tan bonita letra?
- MANUEL Amalia tampoco porque es mujer y una vez le oí decir a un amigo de papá que las mujeres no tienen voz ni voto en ninguna parte. La escribiré yo, y ya verán como van a salir ganando. (*Se sienta. Amalia se coloca a un lado, Leticia se sienta sobre el escritorio. Manuel examina la pluma.*) Empiezo por cambiar la pluma. (*La cambia y toma la posición de escribir.*) Señor Don Niño Dios. (*Ya va a escribir cuando Leticia le detiene la mano.*)
- LETICIA ¡Qué bárbaro! ¿Acaso el Niño Dios es un señor? Si es un chiquito como Bernardo el de tía Rosa.
- MANUEL ¿Entonces... si es tan chiquito no sabrá leer?
- AMALIA Yo aseguro que sí sabe, porque es Dios y Dios todo lo sabe. Y si El no sabe leer, en el cielo hay muchos santos que leen a la carrera.
- MANUEL Pues pongo nada más que Niño Dios. (*Escribe.*) ¿Y después...?
- LETICIA ¡Así quién no! Escribir al dictado es lo más fácil.
- AMALIA Mira, Manuel, pon lo que te voy a decir: (*Manuel escribe.*) “Los — tres — hermanitos Serrador — que — todavía viven — en la casa — donde — años atrás — los has — encontrado — te piden — para esta — Noche Buena — lo siguiente: dos puntos. Manuel — quiere.” Escribe los nombres de los juguetes que más deseas.

- MANUEL Espérame. Voy a cambiar la pluma. (*La cambia y sigue escribiendo en silencio.*)
- ABUELA (*Se despierta.*) ¡Ah, ya están aquí! Pero ¿por qué tan callados? Me fingiré dormida para pescar la diablura que preparan. (*Cierra los ojos.*)
- LETICIA (*Después de un largo rato.*) ¡Qué!... ¿no acabas todavía? ¿Cuántas cosas has pedido?
- MANUEL Muy poquitas. Oid: (*leyendo*) un rifle, una espada, un tambor, una pistola, una caja de soldados de plomo, un cañón...
- AMALIA Parece que te estuvieras alistando para la guerra.
- MANUEL No me interrumpas, Amalia. (*Sigue leyendo.*) Un tren de cuerda, un automóvil, un payaso, un juego de paciencia, una corneta, una máscara de diablo, un aeroplano, una marimba, una caja de música, un libro de cuentos, un cinematógrafo y todo lo que el Niño me quiera traer fuera de esos juguetes.
- LETICIA ¿Te parece poco? Si a mí me viene con tanto, pongo una juguetería.
- MANUEL Ahora sigue tu pedido, Leticia. Dime lo que deseas.
- LETICIA Empieza así: (*dictándole; Manuelescribe.*) "Leticia quiere..." Déjame pensar. (*Se queda pensativa.*)
- MANUEL (*Poniéndose de pie.*) ¡Todo el año pensando en lo mismo y todavía a estas horas no hallas qué pedir!
- LETICIA Ya pensé; escribe ligero, antes de que se me olvide. (*Manuel escribe lo que dicta Leticia.*) "Una muñeca — grande y rubia — con — vestido de seda lila — zapatos — de gamuza — medias azules — y — sombrero de — paja Italia. — Un bebé desnudo — una canasta — bien surtida — de ropa — para — vestir — al bebé." Haz bien clara esa letra, porque el Niño no va a entender.
- MANUEL Lo que no va a entender es lo de los vestidos de

las muñecas. Los hombres no entendemos nada de trapos.

LETICIA ¿Crees tú que el Niño va a repicar y a andar la procesión? Eso de cortar y escoger telas está a cargo de la Virgen y de las Santas. Además, tanto aquí como en el cielo los hombres no tienen nada de gusto para los trajes del bello sexo. Sigue. (*Manuel vuelve a escribir.*) “Una muñeca de pelo — y ojos negros — con vestido — de — tafetán — azul — una japonesa — con diez — kimonos — de seda — un bebé negro — una muñeca de cuerpo — de — serrín — y cabeza — pies — y manos — de — porcelana — una — muñeca — de trapo —.”

MANUEL Termino poniendo que tan sólo quieres muñecas de todos tamaños y de todos colores. (*Escribe; al terminar.*) Bien sabe el Niño que las muñecas como tú sólo pueden vivir entre muñecas. Y venga otra pluma para escribir lo de Amalia. (*Cambia la pluma.*)

AMALIA (*Poniéndole una mano en el hombro.*) Es tan poco lo que yo quiero. Es... Manuel... sólo una cosa...

MANUEL (*Acariciándola.*) Toda la vida has sido así, hermanita: triste, silenciosa y modesta. Te me parece a las violetas del jardín, siempre debajo de las hojas, pero siempre perfumadas, siempre bellas. Dime lo que deseas, Amalia.

AMALIA Escribe... ruégale al Niño que nos devuelva a Hortensia... la hermanita que se llevó para el cielo... (*Llora.*) Dile que no me hallo sin ella, que me hacen falta sus cariños, que me muero de pena cuando veo la cuna vacía!

MANUEL Eso es imposible. Dios no devuelve a los que se lleva y mucho menos dejará venir a la dulce chiquitina que vivió a nuestro lado tan sólo un año. Allá arriba, detrás de las nubes... es un

hermoso ángel, allá en la tierra de la dicha, ella es feliz y vela por nosotros.

LETICIA Solamente de una manera puede volver Hortensia... (*Manuel y Amalia rodean a Leticia.*)

AMALIA ¿Cómo, Leticia?

LETICIA ¿Os acordáis de Blanca, aquella amiga mía?

AMALIA } ¡Sí! ¡Sí!

MANUEL }
LETICIA Pues bien: Blanca tenía una linda hermanita de cuatro años que se llamaba... no recuerdo el nombre. Un día, la encantadora pequeñuela se aburrió de la tierra y se fué al cielo. Mi amiga no se desesperó ante tan terrible desgracia y todas las noches al recitar sus oraciones rezaba con mucha fe un Padrenuestro al Niño Jesús para que le devolviera la hermanita muerta.

AMALIA ¿Y la oyó el Niño?

LETICIA La oyó, sí, pero de una manera muy curiosa. Una mañana, ¿adivinas lo que encontró en la cama, junto a la mamá?

MANUEL ¿Acaso otra hermanita?

LETICIA No, otra no, la misma... Blanca la examinó; tenía el cabello del mismo color rubio, los mismos ojos azules, la misma sonrisa. Sólo que quién sabe por qué Dios la devolvió más pequeña, del tamaño de una recién nacida, y como recién nacida, no hablaba ni caminaba.

AMALIA Entonces... Manuel, pídele al Niño que nos devuelva a Hortensia, aunque sea más pequeñita, aunque haya olvidado todo lo que entre nosotros aprendió. (*Manuel escribe el deseo de Amalia.*)

MANUEL (*Al terminar.*) ¿Y no quieres nada más... alguna muñeca?

AMALIA No; si me la devuelve ella será mi muñeca. ¡Cuán feliz seré tejiéndole ropita, meciéndola entre mis brazos, enseñándola las dulces palabras

olvidadas! Con paciencia yo haré que sus piese-
cillos color de rosa corran como antes sobre la
yerba del jardín...!

- MANUEL (*Levantándose.*) Quiere decir que ya está termi-
nada la carta. Ahora falta el sobre. (*Busca entre
los papeles.*) No veo sobres por ninguna parte.
- LETICIA Busca en las gavetas del escritorio.
- MANUEL (*Tanteándolas.*) Están con llave.
- LETICIA Mira, la abuela tiene el llavero colgado a la cin-
tura. Aguardad. (*Se va en puntillas a cogerlo.*)
- ABUELA (*Abriendo los ojos y asiendo la mano de Leticia.*)
Picaruela, te cogí. ¿Qué quieres?
- LETICIA Abuelita, préstanos las llaves, necesitamos sacar
una cosa del escritorio.
- ABUELA ¿Qué cosa es esa?
- LETICIA Un sobre.
- ABUELA Ajá... ¿con que ya escribís cartas? ¿Se puede sa-
ber para quién es esa carta?
- LETICIA Es un secreto, abuela, pero te lo voy a decir al
oído. (*Se lo dice al oído.*)
- ABUELA ¡Ah, es para el Niño Dios! Ya me imagino el
número de los juguetes que habéis pedido.
- MANUEL Considera que tengo la mano cansada de tanto
escribir.
- LETICIA Con sólo tus juguetes hay para escribir largo
rato...
- MANUEL Y si no hubiera puesto punto final a tus muñe-
cas hubiera tenido que escribir durante un año.
- ABUELA (*A Leticia.*) Toma las llaves. (*Leticia va y saca
el sobre.*)
- AMALIA (*Acercándose.*) Abuelita, ¿por qué no escribes el
sobre? ¡Tienes la letra tan linda y eres tan buena!
- ABUELA En ese caso tú debías escribirlo. Pero te com-
placeré. (*Va y escribe el sobre.*)
- MANUEL ¿Verdad, abuela, que esta carta no necesita es-
tampilla?

ABUELA No, hijo mío, con sólo ponerla en algún sitio como el jardín, Dios manda a sus ángeles y ellos la recogen.

LETICIA (*Cogiendo la carta.*) Ya sé dónde la podemos dejar. ¿Saben dónde? En el hermoso rosal trepador que adorna el muro del jardín; allí, en la parte más alta, entre un manojito de flores. Y para que se distinga bien es mejor adornarla con esta mi cinta color rosa. (*Se quita el lazo que lleva en la cabeza y se lo pone a la carta. La levanta.*) ¡Qué linda, qué linda se ve! Vamos a dejarla. ¿Vienes con nosotras, abuela?

ABUELA Agurdad un momento. Voy a arreglar este escritorio. (*Los niños se van, la abuela arregla los papeles.*) ¡Bendita Inocencia que haces a mis nietos escribir cartas al Niño Dios, que los hace soñar con el cielo y con juguetes fabricados por los ángeles; Santa Inocencia que halla remedio hasta para la muerte misma! (*Se oyen las voces de los niños que dicen: «abuela, ven; ven, abuela».*) Me llaman, tengo que ir, mis oraciones se quedarán para la noche. Es preciso participar de sus risas y sus juegos, que risas y juegos también son plegarias cuando vienen de corazones puros como los de Amalia, Leticia y Manuel. (*Se vuelven a oír las voces. Se va.*)



Celos de hermana

Para María Elena y Rodolfo Bazo Castro

Escena: Una habitación en la cual se encontrarán los siguientes muebles: una cuna donde se colocará un muñeco del tamaño de un niño de tres meses; alrededor algunas sillas y sillones. Alineadas en un sofá, varias muñecas.

Personajes: La MAMA y CLEMENCIA (niña de 7 años).

CLEMENCIA (*Entra de mal humor.*) Ya esta vida mía no es vida. Apenas llego de la escuela me manda mamá a cuidar ese... chiquillo. (*Señala la cuna.*) ¡Qué aburrimiento! (*Camina hacia el sofá.*) Lo que son estas mis muñecas (*coge algunas*) deben estar muy resentidas. Hace quince días que no se mudan ropa. Pero él... ¿qué es que no chista? (*Se va junto a la cuna.*) Duerme profundamente, duerme durante el día, pero eso sí, de noche grita a todo pulmón. No sé por qué se le ocurrió a Dios mandarme tal hermano. Antes era yo la reina de esta casa: mamá me dedicaba todo su tiempo, papá no veía más que por mis ojos, los abuelos no hacían más que comprarme juguetes. Ahora, los besos, las caricias, los juguetes, van a medias con él. Además, tengo que cuidarle, es decir, ser su esclava. (*Se queda pensativa.*) Pero no me voy a quedar aquí parada viéndole dormir; es la ocasión de cambiar de trajes a mis pobres muñecas. (*Se va al sofá; saca ropita de una caja y comienza a mudar las muñecas.*)

LA MAMÁ (*Al ver a Clemencia lejos de la cuna.*) Eres muy desobediente, Clemencia. Te mandé estar junto a la cuna y no me has hecho caso. ¿Si se hubiera caído? (*La niña hace un gesto de desdén, la mamá se va junto a la cuna.*) Mi chiquito lindo; ¡cuánto te quiero! (*Lo contempla.*) ¡Ah, ya abres los hermosos ojos que amo tanto! Ríe, ríe siempre que tu madre será feliz viéndote reír. (*Mece suavemente la camita y canta un canción de cuna; Clemencia sigue en su tarea; de rato en rato dirige miradas celosas hacia la cuna.*)

CLEMEN. (*Cuando se termina el canto.*) ¡Mamá!

LA MAMÁ ¿Qué quieres hijita?

CLEMEN. (*Levantándose.*) ¿Verdad mamá... verdad que a él... a ese niño de tres meses, le quieres más que a mí? (*Se acerca a la cuna.*)

LA MAMÁ ¿Qué dices?

CLEMEN. ¿Verdad que ya olvidaste a tu Clemencia, verdad que ya no me quieres?

LA MAMÁ (*Abrazándola.*) ¡Clemencia mía! ¿No sabes que el amor maternal es infinito, no sabes que toda la ternura de mi corazón es tanto para ti como para tu hermano...?

CLEMEN. Sí, pero a él le quieres más. Desde que llegó, ya no duermo contigo; desde que llegó tú tan sólo bordas sus camisitas y ya casi no me besas, y ya casi... no me amas.

LA MAMÁ No es que le quiero más. Es que tengo que cuidarle y protegerle mucho. Mira cuán débil está todavía.

CLEMEN. Tiene una debilidad consumada. Ayer le puse mi bola entre las manos y no pudo ni sostenerla. Nada le hace gracia. Le enseñé una muñeca y se ríe, le hablo y me contesta con unos enredos que parecen sacados del chino, le leo el cuento de la Caperucita y se queda dormido.

LA MAMÁ Pero si así son todos los niños. Así eras tú también. Como le cuido a él, te cuidé a ti de pequeñita. Debías sentirte orgullosa de ser la mayor, de haber recibido mis primeras caricias, mis primeros afanes, de ser mi primera ilusión.

CLEMEN. Pensar que yo hubiera sido siempre tu único amor si no fuera por ese tu niño que me ha robado lo que yo más quiero en el mundo: a ti, mamá. (*La abraza.*)

LA MAMÁ Escúchame, Clemencia: tú no eres mala; tú quieres y cuidas a los pajaritos del jardín, tú sufres si ves un niño enfermo, una madre desvalida, tú...

CLEMEN. Sí... los quiero, porque... ellos... los de afuera, no me arrebatan tu cariño.

LA MAMÁ ¿De modo que no quieres a tu hermano? Si es así, lo regalaré.

CLEMEN. No, eso no, mamá; jeso... nunca!

LA MAMÁ ¿Pero si no le quieres?

CLEMEN. Le quiero, sí, le quiero a pesar de que me hizo a un lado en tu corazón.

LA MAMÁ Ya te comprendo. Estás celosa. Te duele el cariño con que rodeo la vida de esta criatura. ¡Oh Clemencia, mi Clemencia, cómo te vas volviendo mala!

CLEMEN. ¿Mala yo? ¡Jamás lo seré! Dime, dime en seguida lo que tengo que hacer para llamarme buena.

LA MAMÁ Algo muy fácil. Déjame amar a mi niño, que por mucho que lo ame, siempre te querré igual a aquel primer día en que mis brazos te estrecharon. Aleja de tu alma el egoísmo, mala yerba que cuando crece llena de sombras la existencia y quiere, al que ha de ser tu mejor amigo y compañero. (*Saca al muñeco de la cuna.*) Ahora es un chiquitín encantador, pero con los años se convertirá en un joven muy galán.

CLEMEN. ¡Qué delicia cuando juguemos juntos, cuando

se ponga los primeros pantalones, cuando en la mesa ocupe un lugar a nuestro lado!

LA MAMÁ Y aprenderá a hablar, y te llamará por tu nombre. Como eres buena, como eres su única hermana, te querrá mucho, y su cariño te hará más feliz y alegre la vida.

CLEMEN. ¡Cuán dichosos vamos a ser!

LA MAMÁ Así será si no te vuelves a enojar porque le quiero.

CLEMEN. Mamá, olvida mi pasado enojo y préstamelo para besarle. (*Toma en sus brazos al muñeco.*) ¡Qué lindo, qué lindo es! Mira cómo le luce el hoyuelo de la barba, y los ojos tienen la misma dulzura de los tuyos, y las mejillas están siempre tan sonrosadas, y la boca semeja una fresa. (*Lo besa.*) Sólo una cosa le falta: el nombre, un lindo nombre que él mismo va a escoger.

LA MAMÁ Para eso tendrás que aguardar mucho tiempo.

CLEMEN. Ahora mismo lo puede hacer. Oyeme. El domingo me puse a buscar en el almanaque un nombre bien bonito para mi hermano. Como encontré tantos, los escribí y llené una plana. Aquí la tienes. (*La saca de la bolsa del delantal y se la enseña.*)

LA MAMÁ Has escrito más de cien nombres. ¿Supongo que no querrás que se los pongan todos?

CLEMEN. No, uno solo, el que él señale.

LA MAMÁ ¡Pero si no sabe leer!

CLEMEN. Poco importa. Le ponemos esta manecita (*coge la mano del muñeco*) sobre la página y el primer nombre que marque el dedo índice ese será su nombre. ¿Quieres que así se haga?

LA MAMÁ ¡Bueno!

CLEMEN. Entonces coloca la página sobre una mesa. Yo haré lo demás. (*Con la espalda vuelta al público hace lo que ha dicho.*) ¡Ya mamá, ya! Mira el nombre que marcó su dedito.

LA MAMÁ (*Leyendo*) Ber-nar-do.

CLEMEN. Como el abuelo, como el querido abuelo que murió hace un año. (*Se queda pensativa.*) Toma tu niño, mamá. (*Se quita el delantal.*)

LA MAMÁ ¿A dónde vas? (*Se sienta.*)

CLEMEN. A la casa de abuelita; a decirle que deje de llorar, porque ya tenemos otro Bernardo, este pequeño Bernardo que se vive durmiendo. (*Lo besa y se va.*)

LA MAMÁ ¡Chiquilla más divertida! A veces dice que no quiere al hermano y siempre está pendiente de él. Le cuida más que yo y se muere de celos cuando me ve besarle. (*Vuelve a ver al niño.*) ¡Dormido! Pues a la cuna. (*Va y lo acuesta.*) ¡Dios mío! Protege la vida de este pequeñuelo y protege también la vida de Clemencia, de esa niña mía, toda candor e inocencia. (*Se va.*)



Golondrinas viajeras

Para María Eugenia, Anita
y Luz Aguilar Alfaro

(Es una bandada de golondrinas que viene a pasar a Costa Rica el crudo invierno del Norte. Once de las golondrinas conocen ya el país, tres vienen por primera vez. Catorce niñas trajeadas convenientemente salen al compás de música adaptable al movimiento del vuelo. Cuando la música cesa comienza el diálogo.)

(GOL. V. quiere decir GOLONDRINA VIEJA y GOL. N. GOLONDRINA NUEVA)

GOL. V. 1 Hemos llegado, hermanas; ya estamos en la tierra maravillosa, completamente extraña para algunas de vosotras.

GOL. N. 1 Sí, nosotras tres (*señala el pequeño grupo*) viajamos por vez primera; no hemos hecho más que llegar y ya estamos encantadas en este rincón del mundo.

GOL. N. 2 Decídnos el nombre de este hermoso país.

GOL. V. 2 ¿Por qué no? Tiene un nombre sonoro y legendario. Se llama Costa Rica.

GOL. N. 3 ¡Qué bello debe ser vivir siempre en Costa Rica!

GOL. V. 3 Tienes razón. Aquí el cielo nunca pierde su hermoso color azul, aquí no hay nieves, ni cierzos, ni heladas que acaben con el verde de los campos; aquí siempre hay brisas primaverales, árboles frondosos, campos cultivados y bondad por doquiera.

- GOL. V. 1 Mientras llega el momento de separarnos, descansad, hermanas golondrinas, dad tregua a vuestras alas fatigadas. (*Bajan las alas y toman posición de descanso.*)
- GOL. N. 1 Cuando termine el frío, allá en las crudas regiones del Norte, volaré presurosa a contar a mis hermanas que Costa Rica es una esmeralda entre dos zafiros. Tal la vi desde lo alto. La esmeralda la forman los campos de verdura y los zafiros son los dos inmensos mares que bañan sus costas.
- GOL. N. 2 Se me ha ocurrido una idea que me atemoriza un tanto. Vosotras las golondrinas viejas podéis viajar por cualquier sitio, puesto que ya conocéis el país. Pero a nosotras, las nuevas, ¿no nos acechará en nuestra primera excursión algún peligro?
- GOL. V. 2 Desechad esos temores y volad con confianza. Toda Costa Rica es hospitalaria y bella. Las golondrinas somos siempre nuncio de felicidad y en todas partes se nos acoge con alegría.
- GOL. V. 1 Para asegurar vuestro viaje, nosotras las golondrinas viejas, os hablaremos de las más bellas regiones de esta tierra, conocidas en años anteriores. La que quiera puede venir conmigo. Voy a pasar la temporada en un peñón de la costa atlántica. Ahí contemplaré el inmenso mar, las enfurecidas olas y los buques que pasan a lo lejos. Cuando sienta necesidad de otro espectáculo volaré sobre los bananales y sobre los campos sembrados de cacao.
- GOL. V. 2 Para mi no hay como la costa occidental, la que baña el Océano Pacífico. ¡Qué delicia recorrer las playas arenosas, volar sobre los penachos de las erguidas palmeras y ver cómo en las tardes los más bellos celajes despiden al sol que se hunde en el horizonte!

- GOL. V. 3 Yo creo que no hay como quedarse en la Meseta Central, sobre todo en estos meses de la recolección de café. ¡Cuánto paisaje, cuánto trabajo, cuánta alegría!
- GOL. N. 3 ¿Será como la siega o la vendimia en nuestro país?
- GOL. V. 3 Más alegre aún. Imaginaos miles de cafetos agobiados por el peso de las rojas bayas; pensad en las más bellas mañanas de la primavera; ved con la imaginación a cientos de hermosas muchachas, esparcidas en los cafetales, cortando con sus blancas manos el más preciado fruto costarricense. Agregad a todo esto los dulces ecos de las canciones regionales, las inocentes charlas y tendréis lo que es la recolección de café en Costa Rica.
- GOL. V. 4 Amo las flores y por eso busco siempre los jardines. Pero ¿qué os parece si os digo que toda esta tierra es un solo jardín? No hay un lugar donde no crezcan rosas de todos colores, perfumados jazmines y rojos claveles. Aquí encontraréis violetas, más allá blancas azucenas, del otro lado margaritas. En las peñas y en los troncos viejos brotan como por encanto grandes manojos de guarias, las débiles campanillas adornan los muros húmedos, a orillas de los ríos florecen los lirios, entre la yerba los nomeolvides y para Navidad las pastoras semejan manchas rojizas, regadas al acaso, sobre el verde de los campos.
- GOL. V. 5 Puede acompañarme la que sea amante de los bosques, de esos bosques jamás hollados por una planta humana. En ellos gozamos de la más completa libertad y del encanto de la selva tropical. Se comienza por hacer amistad con el colibrí que lleva en sus alas todos los colores del

iris, con el carpintero, destrozador de árboles, con el jilguero y con el yigüirro. ¿Para qué más? Con tan buenos amigos se pasan muy buenos ratos, ya volando por entre los árboles corputentos, ya cazando moscas tornasoladas, ya yendo en pos de las mariposas, ya divirtiéndose con las morisquetas de los monos o bien escapándose ágilmente de las garras de puma y del jaguar. La selva tropical en todo su esplendor la encontraréis en las regiones de San Carlos, Golfo Dulce y Talamanca.

GOL. V. 6 Pienso dedicarme a la navegación fluvial. Posada sobre los troncos flotantes recorreré todos los ríos. En el Tempisque hallaré remansos serenos y profundos, islotes de verdura, riberas pobladas de árboles seculares, garzas blancas y rosadas y buquecitos de vela y de vapor. Los impetuosos torrentes del Diquís me darán baños de gotas cristalinas. En el San Juan soñaré con un canal que como el de Panamá una dos océanos y en las riberas del Sixaola, admiraré los últimos tipos de la raza indígena de Costa Rica.

GOL. V. 7 Si entre vosotras hay alguna atrevida y temeraria vaya a conocer lo más bello que tiene esta tierra; sus dos principales volcanes: el Poás y el Irazú. Diríjase primero al Poás a ver el gigantesco embudo del cráter y la laguna de aguas azules de donde surgen grandes erupciones. El Poás es más bello que los «geysers» de allá de nuestra patria. Desde la cima del Irazú se divisan ambos mares: el Atlántico y el Pacífico y todo el territorio costarricense.

GOL. V. 8 Acompáñeme a mí la que anhele volar sobre llanuras ilimitadas. Invernará en el Guanacaste, en esa tierra privilegiada donde se pasan días de días viajando sobre extensas praderas que

parecen no tener fin. Allí se tiene la sensación de lo infinito, bajo el cielo siempre azul.

GOL. V. 9 Voy en busca de las ciudades, de esas agrupaciones humanas donde se encuentra lo que llaman civilización. Me proporcionarán gran placer los soberbios edificios de San José, las brumas y el clima deliciosamente frío de Cartago, los jardines de Heredia, la feliz tranquilidad de Alajuela, la alegría bulliciosa de Puntarenas y Liberia y la actividad comercial de Limón.

GOL. V. 10 Hay algo en Costa Rica que me atrae especialmente: la religiosidad de sus habitantes. Anidaré en las torres de las iglesias para que llegue hasta mí la voz sonora y metálica de las campanas, las graves notas del órgano, las voces cristalinas y puras escapadas de gargantas infantiles, las palabras de amor y caridad del sacerdote y el murmullo de las plegarias. ¡Feliz me encontraré en los santuarios, allí donde todo tiene aroma de incienso, allí donde la luz se quiebra en extraños reflejos a través de las vidrieras multicolores, allí donde hay paz y sosiego, allí donde se siente verdaderamente la presencia de Dios!

GOL. V. 11 En la lejana tierra mía tengo mi nido en el alero de una casa que por lo alegre parece una caja de música; ahí se educan varios cientos de esos seres adorables que se llaman niños. En Costa Rica hago lo mismo, busco el alero protector de una escuela y paso varios meses entre risas, charlas y silabeos de escolares. Ora contemplo una cara picaresca, ora vuelo en graciosos giros para hacer sonreír un rostro melancólico, ora enmaraño una cabellera rubia o bien rozo con mis alas las aterciopeladas mejillas. En los recreos es aquello una Torre de Babel: todos ríen, todos gritan, todos juegan. De repente las ma-

nos se juntan. Han formado una rueda que gira con velocidad. Entonces no distingo más que cabelleras castañas, rizos rubios que el viento hace enlazarse con negros, labios de grana que entreabre la sonrisa, diminutos pies que pisan con fuerza sobre el verde césped. ¿Para qué decir más? ¡En la escuela está toda la poesía de la infancia!

GOL. V. 1 Hermanas golondrinas: hemos descansado bastante. Volveremos a nuestra patria en abril, cuando ya los árboles tengan hojas, cuando las violetas hayan brotado entre la yerba, cuando ya brille y caliente el sol. ¡Golondrinas viajeras! Agitad las alas y volad ya sobre este país que nos brinda tan franca hospitalidad. (*Al compás de una música apropiada las golondrinas se alejan en diferentes direcciones.*)



Homenaje

de las provincias de Costa Rica a la Bandera

Para Luis, Oscar y Marco Fidel Tristán Castro

(Al compás de una marcha salen siete niñas vestidas de blanco y adornadas con flores; representan las siete provincias.)

SAN JOSÉ ¡Qué alegría! ¡Qué placer! Hoy vamos a dedicar el día a nuestra Bandera, la hermosa Bandera Tricolor.

CARTAGO Me parece lo más justo, porque ella es el símbolo más bello de la Patria y el orgullo de todas nosotras.

ALAJUELA Por conservar esa enseña gloriosa muchos costarricenses regaron con su sangre los campos de Santa Rosa y Rivas.

HEREDIA No hagamos recuerdos tristes en este día. Dedicuemos, sí, un pensamiento de gratitud hacia aquellos héroes que por legarnos tan precioso tesoro tuvieron que sacrificar sus vidas y después pensemos con alegría en los días venturosos que aguardan a nuestra Bandera, a Costa Rica y a nosotras sus hijas.

PUNTARENAS.—Tienes razón. Pero oíd. Ya llega nuestra hermosa y sin igual Bandera.

(Aquí entra una niña que representa la Bandera, entra despacio; se coloca en el centro; las siete provincias cantan "Salud, noble Bandera" dan vueltas a su alrededor y le arrojan flores. Cuando terminan el canto se colocan tres de un lado y cuatro del otro. Desfilan una por una y hacen una reverencia.)

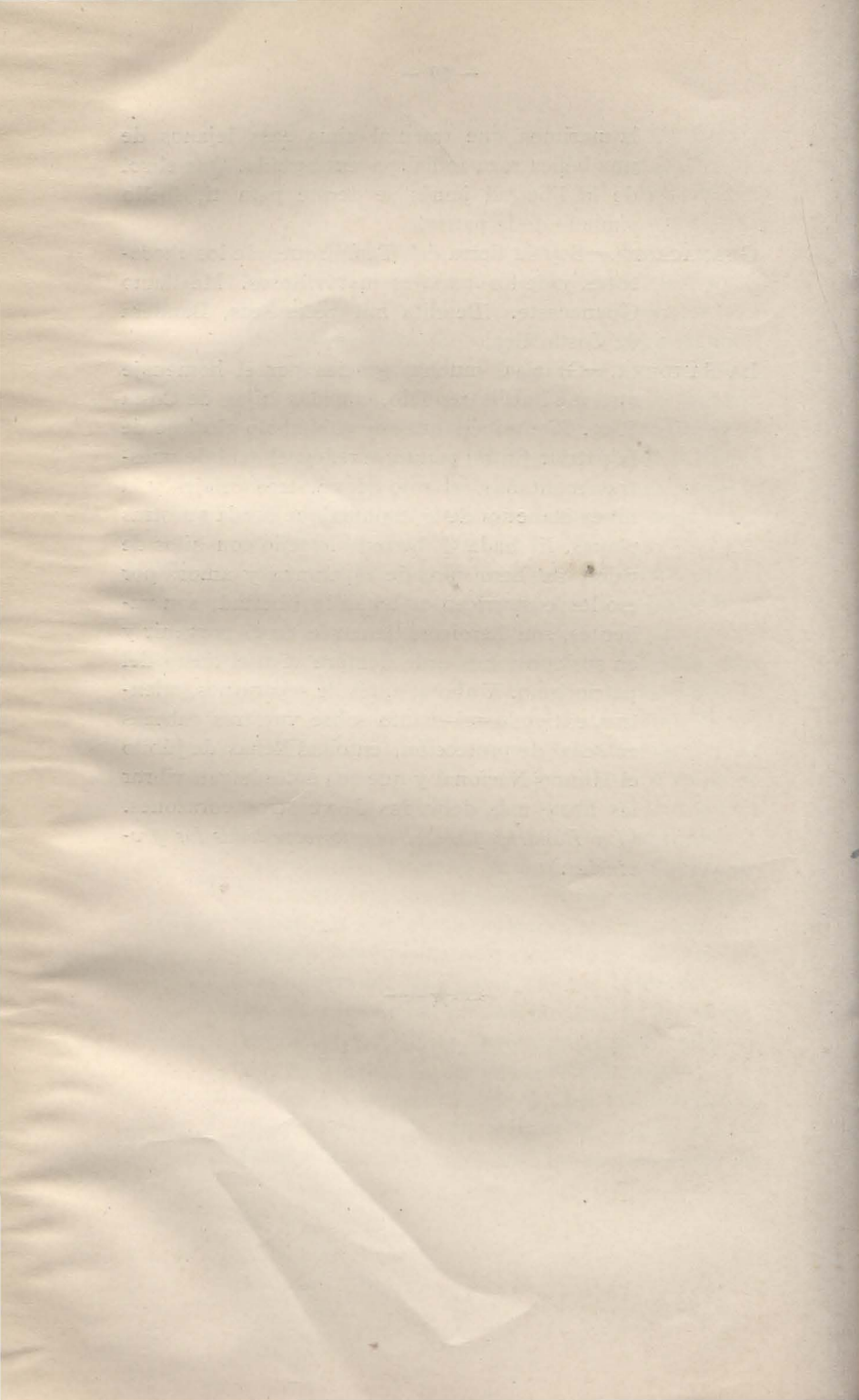
- SAN JOSÉ ¡Salve! ¡Mil veces salve, Bandera de mi patria! Somos las siete provincias de Costa Rica; venimos rebotantes de patriotismo a festejarte y a hacer votos para que la felicidad te permita flotar siempre bella y libre bajo el azul de nuestro cielo. Soy la provincia de San José, el corazón del país, y como tal, te saludo, inoble Bandera!
- CARTAGO Yo soy Cartago, la provincia del Irazú, la dueña del valle del Guarco y de aquella muy noble y leal ciudad de Vásquez de Coronado. Ante ti me inclino, ¡Bandera santa!
- HEREDIA Mírame bien, soy la provincia del Barba, de las flores y del café. Me llamo Heredia. Dulce Bandera Tricolor, ¡yo te amo!
- ALAJUELA Mi nombre te es conocido. Soy Alajuela. Las brisas perfumadas de mis bosques mecieron la cuna de aquel héroe que se llamó Juan Santa María; él te libró de la esclavitud; murió para que tú vivieses. En memoria suya, y en la de su sacrificio, yo te digo: ¡Bandera de nuestros antepasados, ondea siempre libre y venturosa!
- LIMÓN Las olas del inmenso Atlántico constantemente me acarician; soy Limón; en mis tierras crece el banano y la altiva palmera; mis ríos son caudalosos y en mis entrañas guardo grandes riquezas minerales; desde mis riberas contemplo en los mástiles de los buques que pasan, las banderas de otras patrias, pero ninguna de ellas es tan bella como tú, ¡gloriosa Bandera!
- PUNTARENAS.—Soy Puntarenas. Las olas del Pacífico bañan mis costas; soy la provincia de la alegría; en mis lares vibran constantemente los alegres sonos de

la marimba que traen al alma ecos lejanos de una bélica raza india, ya extinguida. Que el sol de la libertad jamás se oculte para ti, ibello símbolo de la patria!

GUANACASTE.—Soy la tierra del Tempisque, de los choro-tegas y de los paisajes maravillosos. Me llamo Guanacaste. ¡Bendita mil veces seas, Bandera de Costa Rica!

LA BANDERA.—Gracias, muchas gracias por el homenaje que me habéis rendido, amadas hijas de Costa Rica. Bien sabéis que soy el símbolo glorioso de la patria. En mi manto se refleja el azul de vuestras montañas, el rojo de vuestros celajes y la nivea blancura de la espuma que borda vuestras playas. El hada «Libertad» lo tejió con hilos de valor, de heroísmo, de esperanza y amor; por eso los costarricenses aman la libertad, son valientes, son heroicos, tienen fe en el porvenir y en sus corazones arde siempre vivo el fuego del patriotismo. Y ahora, antes de separarnos, mientras extendiendo mi manto sobre vuestras cabezas en señal de protección, entonad llenas de júbilo el Himno Nacional y que sus notas hagan vibrar las fibras más delicadas de vuestros corazones. (*La Bandera pasa el manto sobre todas las provincias.*)





Los cantones

de la Provincia de San José

Para María Teresa Valverde León
y Carmen Lizano Riggiani

(Aparece una niña dormida: es San José; luego salen por el Este tres niñas: son el sol y dos de sus rayos. Las niñas o niños que representen los cantones irán trajeados de campesinos y con los productos propios de cada cantón.)

- EL SOL Despierta ya, hermosa ciudad de San José. Despierta porque hoy es sábado, el día en que te visitan tus pequeños hijos, los pueblos vecinos. Despierta, ya mis rayos te calientan y mi luz te ilumina. ¡Despierta ya! *(Se van hacia el Oeste.)*
- LA CIUDAD *(Despertando.)* ¡Ah! es el sol que me ha despertado; y lo ha hecho bien, porque hoy vienen mis hijos, los diez y seis cantones de la provincia, con preciosos regalos. Si no me equivoco, ahí viene uno.
- SAN JOSÉ Buenos días, madrecita. Soy el cantón de San José; iba ya para el cafetal a comenzar mi tarea cuando me acordé que era sábado y me vine presuroso a traerte los frutos cogidos ayer.
- TIBÁS Me levanté antes de la salida del sol y fuí a mis jardines; allí corté estas azucenas, estas rosas y estos claveles; todos son para ti; te los da el cantón de Tibás.

- GOICOECHEA. —Y yo, el cantón de Goicoechea, te traigo legumbres de mis extensas hortalizas. Pero ¡ved! Allá por el camino viene un hermano nuestro.
- MONTES DE OCA. —¡Dios os guarde, madre! Para ti es esa leña; advierte que es muy seca, sacada de los cafetales de Montes de Oca.
- MORAVIA ¿Y qué puedes decir, ciudad de San José, de las sabrosas frutas del cantón de Moravia? También te doy café y excelente vinagre de guineo.
- CORONADO Soy el famoso cantón de Coronado, un cantón de clima delicioso y de pastos abundantes. Mis vacas dan toda la leche que consumes. Los sábados, además de leche te traigo queso y mantequilla.
- DESAMPARADOS. —Para que repares tus casas y tus edificios te traigo cal, cal de las caleras del cantón de Desamparados.
- ASERRÍ Este carbón que te traigo ha tizado mi traje y mi cara. Soy Aserrí, un cantón muy fértil, enclavado allá en las montañas de Dota.
- TARRAZÚ Me llamo Tarrazú; vivo en unas montañas a treinta y cinco kilómetros de aquí; las lluvias han dejado intransitable el camino y no me permiten traer las ricas maderas de mis selvas; hoy no te ofrezco más que esta linda avecilla; es un jilguero de montaña, de los que llenan mis campos con sus gorjeos.
- ACOSTA Soy Acosta, un cantón lejano y poco conocido, sin embargo mis riquezas son inmensas. De mis bosques seculares te traigo esta madera.
- ALAJUELITA. —¡Ollas! ¡Ollas! Aquí vienen las famosas ollas de Alajuelita; y a la verdad que son dignas de ti, madre mía, estas ollas fabricadas por mis propias manos y hechas de humilde arcilla.
- ESCASÚ Me llaman Escasú; cuentan las malas lenguas que soy brujo y que hago mal de ojo; pero eso

¡qué importa! si yo paso una vida tranquila en mis trapiches haciendo este dulce de caña que traigo los sábados.

SANTA ANA.—Soy Santa Ana, uno de los cantones más pintorescos de la provincia. Produzco frijoles y arroz; soy dueña de la hermosa catarata del Brasil y de la fuente de agua mineral del Salitral. Es de ahí de donde te traigo estos deliciosos refrescos.

MORA Desciendo de los bravos indios de Pacaca. De ellos aprendí a tejer estos petates y estas cestas. Hoy llevo el nombre de uno de los ex-Presidentes de la República. Me llamo cantón de Mora.

PURISCAL Me llaman “el granero de la provincia”. Soy Puriscal. Produzco en abundancia maíz, frijoles y arroz. De mis extensas plantaciones son estos granos.

TURRUBARES.—Madre, aquí tienes a tu hijo menor, el cantón de Turrubares; antes estaba bajo el gobierno de mi hermano el Puriscal, pero ahora soy libre, libre para marchar por la senda del progreso, por donde marchan mis hermanos. He caminado sesenta y cinco kilómetros para traerte estas maderas.

LA CIUDAD Sois unos hijos buenos y trabajadores y os quiero premiar: id ahora a mi mercado, a mis tiendas, a mis librerías y a mis grandes almacenes, allí os daré todo aquello que no se consigue en vuestros campos. Además, cual madre cariñosa os prometo remediar vuestras necesidades y velar siempre por vuestra felicidad.

EL SOL Vamos, hermosos rayos, es ya la hora. Ayudadme a dar luz y calor a este pedacito de tierra que se llama la provincia de San José. Démosle todo nuestro esplendor y toda nuestra belleza a estos diez y seis cantones tan trabajadores. Haga-

mos brotar las simientes de sus campos, sazone-
mo sus sabrosos frutos y doremos las cumbres
de sus azules montañas. Venid, ayudadme a
tender a su alrededor la cadena de la felicidad.

*(El sol ayudado de los rayos tiende alrededor de los cantones una
cadena formada de aros de papel. Se debe procurar que al tenderla
vaya quedando la forma del calabazo que tiene la provincia; al
terminar dice:)*

EL SOL Calabacito mágico, ¡cuán digno eres de la felici-
dad de que disfrutas!

*(Debe advertirse que cada niña o niño que represente un cantón,
después de hablar a la ciudad se va colocando a su lugar corres-
pondiente. Se colocarán en diversas posiciones para que resulte un
verdadero cuadro plástico de la provincia. Al terminar cantarán
una canción apropiada.)*



Viaje imaginario a Puntarenas

Para Alfonso Cecilio Ulloa Zamora

(Salen doce niñas; representan las principales poblaciones que se encuentran de San José a Puntarenas; cada una llevará un cartel con el nombre que le corresponde. Hasta Turrúcares todas irán adornadas con ramas de café. Después de Turrúcares se adornarán con hojas de palmera o frutas de esas regiones. Se colocarán en el orden que indica la dramatización, guardando distancias proporcionadas y en actitud de dormir. Otra niña, convenientemente caracterizada hará de Locomotora.)

LA LOCOMOTORA.—*(Da unas cuantas vueltas al compás de la música de la canción que se titula «El Tren».)*
Soy la Locomotora; el instrumento de progreso humano que atraviesa llanuras, cruza valles, horada montañas y salta sobre los precipicios. Mi traje es oscuro como el humo que despidio y como el hierro de que estoy forjada. Llevo la riqueza y el adelanto a las regiones por donde paso. Hoy voy para Puntarenas. ¿Me queréis acompañar? Tengo que recorrer muchos kilómetros, pero, ¡qué importa la distancia cuando se da tan sólo la alegría y el progreso! Ved la fila de pueblos que me esperan. Ahora están dormidos. Dejad que yo llegue y os contarán muchas cosas. ¡Atención! Ya parto. *(Se va saltando, lleva una varita en la mano para despertar a cada pueblo.)*

LA SABANA.—Buenos días, Locomotora. ¿Ya vas para Puntarenas? Yo, La Sabana, te deseo un feliz viaje.

PAVAS ¡Bienvenida seas, Locomotora! Soy Pavas, un pueblecillo a quien tú das la vida.

SAN ANTONIO DE BELÉN.—Pasas tan ligero que no puedes ver todas las riquezas que encierro. Mis grandes cafetales, mis plantaciones de caña de azúcar y mi linda iglesita donde se venera la Virgen de Lourdes.

CIRUELAS ¡Cuán agradecida estoy de ti y de tu hermana, la otra Locomotora, que por distinto camino viene de las ciudades de Heredia y Alajuela! A las dos les debo mi progreso.

TURRÚCARES.—Deténte, Locomotora. Tengo que hablarte. De los cantones de Puriscal y Mora te han traído dulce en abundancia; a mi vez te doy cereales. Hasta aquí has encontrado un clima más o menos templado y no has visto más que cafetales, ahora vas a entrar en las regiones cálidas, donde crece el arroz, el tabaco y el erguido cocotero. ¡Buen viaje!

RÍO GRANDE.—La gente que aquí se junta no me deja atenerderte. ¿Con que ya pasaste mi hermoso puente? ¿Verdad que es magnífico? ¿Verdad que puede figurar en cualquier gran país? ¿Y qué dices de mí? Doy almuerzo y agradable descanso a los viajeros. Mira, despierta a esa población que ahí duerme, es Atenas.

ATENAS Buenas tardes, Locomotora. Aunque pasas de lejos me haces muchos servicios. Mi deseo es que pudieras venir a gozar de mi clima cálido y sano, de la hospitalidad de mis habitantes y de los risueños paisajes de mis contornos.

CONCEPCIÓN.—¿No te parece bella mi vida? Vivo a orillas del Río Grande contemplando mis inmensos plantíos de arroz, mis árboles cargados de sabro-

esos frutos y mis bosques que dan maderas inmejorables.

OROTINA He recogido todos los marañones, las papayas, las sandías y los coyoles que crecen en mis fincas, para ofrecértelos a ti que me has dado fama, porque nombre ya lo tenía. Mi nombre viene del cacique Orotina, un bravo indio que veía en el sol su dios y en la guerra su vida. Dentro de poco pasarás por el sitio más pintoresco de todo el trayecto: la Roca de Carballo, esa inmensa mole de piedra que se yergue junto al mar.

EL ROBLE ¡Uf! ¿No sientes que te ahogas, Locomotora? Ya aquí el calor es insoportable. Esparta, la población donde mandas todos los días una de tus hermanas, quiere hablarte. Llámala.

ESPARTA Tú me das la vida, locomotora; me traes el progreso desde la Meseta Central. Gracias a ti todo el mundo sabe que soy una población antigua fundada por los españoles. Antes me llamaban Esparza.

LOCOMOTORA.—(*Tocando con la varita a Puntarenas.*) Levántate, hermosa perla del Pacífico. Despierta de tu sueño, linda morena en cuyos ojos brilla todo el fuego tropical y en cuyas venas corre mezclada la sangre del español altivo y la del indio fiero. ¡Despierta! Yo, la Locomotora, te traigo el progreso.

PUNTARENAS.—¡Ah! ¿eres tú? ¡Cuánto te agradezco todo el bien que me haces! Sabe que fué Dios el que me dió esta punta arenosa para que viviera. Me puso de un lado el Estero para que navegara y del otro el mar, para que buscara perlas y para que llegaran hasta mí los grandes buques portadores de la civilización. Hizo florecer en mis jardines la reseda, dió valor y heroísmo a mis pescadores, puso los celajes más bellos en mis tardes de

verano y las estrellas más luminosas de mi cielo. Por fin, me dió un gran don, la alegría; esa alegría que me hace tocar marimba, bailar con gracia sin igual el tamborito y sumergirme cuando el calor abrasa mi cuerpo en las olas de mi mar. Descansa ya de tu largo viaje. Mi cielo azul te cobijará, las aguas del Pacífico arrullarán tu sueño, y yo procuraré comunicar a tu alma de hierro, la alegría, la eterna alegría que bulle siempre dentro de mí. (*Desfilan todas las niñas cantando algo apropiado.*)



INDICE

	<u>Página</u>
Carta de don Napoleón Quesada	3
Prólogo	5
Rayo de sol	7
La carta a Dios	17
El baúl de la abuela.....	21
¡Lo que es la Patria!	27
El buscador de nidos.....	31
Entre las hadas.....	35
La nietecita	41
Las dos rosas.....	49
Una linda historia	53
Princesas y pastoras	57
¡Inocencia!	67
Celos de hermana	75
Golondrinas viajeras.....	81
Homenaje de las provincias de Costa Rica a la Bandera....	87
Los cantones de la Provincia de San José.....	91
Viaje imaginario a Puntarenas.....	95

